

DYLAN MARTINS

La
boda
de mi
hermana



DM

La
boda
de mi
hermana

Primera edición

La boda de mi hermana.

© 2020, Dylan Martins.

© Imagen portada: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)



Capítulo 1

Coge aire, sonríe y disimula todo lo mal que te cae.

—Buenos días, señor Moretti —sonrió fingiendo con la misma frialdad.

—Buenos días, Rebeca — le devolví la sonrisa, la llamé como siempre por su nombre y no por su apellido como ella se dirigía a mí — Te queda muy bien esa coleta — le hice un guiño tan falso como lo que le había acabado de decir.

Seguí sin pararme ante ella, como cada mañana, no la aguantaba, pero era la hermana de mi socio Julián y me la tuve que comer con patatas, ni más ni menos.

Procuraba llevarlo lo mejor posible, ¡qué se le iba a hacer! Otras cosas peores o al menos eso quería pensar yo para sobrellevar aquella pequeña cruz. Por suerte, mi talante no es malo y soy de los que se lo echan todo a la espalda, razón por lo que veía mi relación con ella como un reto. Día que pasaba, día logrado...

Entré en mi despacho y encontré un montón de expedientes autorizados sobre mi mesa, se veía que el día anterior el equipo financiero había visto viabilidad en muchos de ellos; ahora me tocaba a

mí decidir cuáles sí y cuáles no.

Miré por la ventana y me encantaba esa sensación de paz que se respiraba tras los amplios cristales, el mar...

Mi trabajo me fascinaba, tenía con Julián una empresa financiera a gran escala. Llevábamos con ella cinco años, pero nos habíamos afianzado a pasos agigantados, encontrándonos ya entre las más importantes del país.

Vivía solo en un ático de doscientos metros y cien de terraza frente al mar ¿Qué más podía pedir?

Aquel ático había supuesto para mí la consecución de un reto y podía decir que había logrado la casa de mis sueños, como si del programa televisivo del mismo nombre se tratara, en un tiempo récord.

Una novia, quería una novia, pero yo en ese sentido era una bala perdida; tan pronto me enamoraba como me desenamoraba, tan pronto amaba como me ahogaba, así que lo mío debía ser algo como una alergia a largo tiempo con una mujer.

No podía negar que era un seductor y un mujeriego. Creo que ahí está la clave, el juego de la seducción me podía... Pero cuando la presa caía en mis garras, como que empezaba a perder interés a marchas forzadas. ¿Culpa de ellas? No, indiscutiblemente mía, pero esas cosas no se fuerzan y era mi condición.

Ese día solo vine a dejar listo el trabajo y me iba para casa a preparar equipaje de mano, ya que a la mañana siguiente salía rumbo a Cracovia. Mi hermana Lis se había enamorado de un polaco llamado Kiev y se casaba allí el fin de semana, no se pudo haber buscado uno de Cádiz, no; ella de Polonia. En fin, tocaba ir a cumplir, en el fondo la adoraba y como no teníamos padres, debía llevarla yo al altar, por supuesto orgulloso de cumplir ese papel. Se trataba del gran

acontecimiento del año, qué digo del año, del siglo... Que mi hermana fuera feliz era una de las grandes prioridades de mi vida, y si su felicidad estaba en Cracovia, como si estaba en la Conchinchina, yo la apoyaba a muerte.

Valoré los expedientes y me fui directo para casa, también quería descansar.

—¿Dónde vas tan rapidito? Vale que seas una bala, pero que salgas como una de ellas, a eso ya estoy menos acostumbrado—me preguntó Julián con el que me crucé y a punto estuve de arrollarlo.

—No querrás que llegue con mala cara a la boda de mi hermana. Allí habrá cantidad de macizas ávidas de un seductor como yo y uno tiene una reputación que mantener—bromeé.

—No, no vaya a ser que la alta sociedad de Cracovia se pierda la oportunidad de conocer a una prenda como tú, tira para allá, hombre y no olvides brindar a mi salud.

—Eso siempre...

—Sí, porque brindar, brindarás, pero anda que te has acordado de mí para llevarme, granuja....

—Alguien tiene que quedarse al frente del negocio, amigo, fuiste tú quien lo dijo; no me fastidies, yo por mí te hubiera llevado—le di una palmadita en el hombro y me marché de allí al galope.

Salí saludando con una sonrisa a Rebeca, en el fondo iba pensando que ahí se quedaba y que la iba a perder de vista unos días.

Bien mirado, seguramente ella pensaría lo mismo. Pues nada, los dos felices, al final iba a resultar que se nos contentaba con poco.

Lo mío con ella fue como los amores a primera vista, pero al revés; desde el primer momento nos caíamos mal y no hubo forma de remediarlo. De vez en cuando lo intentábamos, pero nada, ni poniendo de nuestra parte.

Por respeto a Julián lo soportábamos estoicamente y procurábamos no darle mayor importancia, pero que me caía como el culo, me caía como el culo. Y apostaba un brazo y no lo perdía a que a ella le sucedía lo mismo.

Llegué a mi casa y me senté a comer. Lola, la mujer de servicio me había puesto la mesa. Aquel mediodía cocinó para mí un pescado en salsa que estaba delicioso, pues tenía una mano en la cocina increíble y la casa me la mantenía como los chorros del oro; no podía haber escogido una señora mejor. Además era toda amabilidad, tenía cincuenta y cinco años, pero aparentaba diez menos, con una vitalidad fuera de serie.

—Tu hermana Lis estará bellísima vestida de novia. Por favor mándale recuerdos de mi parte, quiero que sepa que la tengo presente.

—Por supuesto que lo haré y ella te estará muy agradecida. Sabes que te consideramos como de la familia.

—Y yo a vosotros. Me he tomado la libertad de confeccionarle yo misma una liga para que la lleve puesta ese día. ¿Se la darás?

—Ni que decir tiene que se la daré. Eres un amor, Lola. Muchas gracias en su nombre, aunque ya te llamaré ella para dártelas. Ya sabes, es más cumplida que un luto—bromeé.

—Un torbellino es lo que es esa niña y con que sea la mitad de feliz que yo le deseo, ya va servida—suspiró.

—Pues tranquila, que esa con su Kiev es feliz un rato largo. Yo no sé lo que le ha dado el polaco, pero le ha sorbido el seso—reí.

—Qué cosas tienes—me imitó riendo con ganas.

Ella se iba a las cuatro. Una hora después de que yo llegara y comiera, recogía la cocina y se marchaba hasta el día siguiente, que llegaba a las ocho de la mañana.

Me eché un rato en el sofá y me puse a ver las noticias; mierda por aquí, mierda por allá y lo mismo de siempre, así que descansé un poco y luego me puse a preparar el equipaje.

Huelga decir que yo tenía que ir como un pincel, faltaría más, que nunca sabe uno en qué rincón hay una mujer de bandera esperándolo y yo para eso tengo muy buen ojo; no se me escapa ninguna.

Me cambié de ropa y me fui a correr por la urbanización una hora, luego ducha, cena rápida y a dormir...

El culto al cuerpo es algo que me tira cantidad y eso de estar en forma es para mí una filosofía de vida. A ver, que uno es coherente y sabe que parte de la fórmula del éxito es la de estar como un queso, y yo quería ser de la variedad que más les gustara a las mujeres...

Me levanté a las cinco de la mañana, el vuelo salía a las siete y media, menos mal que el aeropuerto lo tenía a quince minutos.

Un taxi me recogió en la puerta, me llevó directamente al aeropuerto donde facturé y me fui a embarcar, por lo que todo fue muy rápido, no tuve ni que esperar lo más mínimo.

El vuelo fue de esos que como podría decirse, pasan volando...

Entre el desayuno que me pusieron nada más despegar, el sillón amplio de clase *business* en el que me quedé dormido y demás, ya estaba aterrizando en Cracovia.

Por medio, eso sí, tuve tiempo de fijarme en el panorama; desde la atractiva asiática que parecía recién salida de la consulta de su cirujano plástico, con aquella piel de porcelana, hasta la sugerente mulata cuya piel de ébano me susurraba seducción hasta...

¿Por qué tenían que gustarme todas? Corrijo, todas las que estuvieran buenas y en aquel vuelo parecían haber repartido la belleza a puñados, así son las cosas.

Sin embargo, la perla del vuelo la constituyó aquella bellísima azafata polaca que me regalaba unas amplias sonrisas cada vez que pasaba.

—Tanto preguntarme si deseo tomar algo y no me cuentas nada de ti—le guiñé el ojo.

—Estoy trabajando—sonrió.

—Pues, pongamos que no estuvieras trabajando, ¿me lo contarías? —indagué un poco.

—Puede que sí...

—Te advierto que el “puede que no”, no entra en mis opciones—le indiqué.

—Muy agudo—asintió con la cabeza.

—Te llamabas...—quise seguir con la conversación.

—Soy Alka, ¿y tú?

—Yo soy Nico y estoy encantado con las vistas de este avión, y no me refiero a la de las ventanillas...

—¿Qué vas a hacer a Cracovia? —me preguntó sonriente.

—Tengo una misión fundamental, impedir la boda de mi hermana.

—¿Impedirla? —sus ojos se abrieron como lo de un búho.

—Claro, mujer, ¿pues no ves que los genes de mi familia no están hechos para firmar ningún contrato de exclusividad? Nosotros estamos en el mundo para el disfrute general—reí.

—Anda que no tienes tú cara, ¿vas a su boda de verdad?

—Sí, se casa con un polaco estupendo—le conté.

—Es que los polacos somos todos estupendos—añadió bromista.

—Pues si sois tan estupendos, digo yo que me darás tu teléfono para tomar un café o enseñarme la ciudad, porque tú tienes cara de ser de Cracovia también—me lancé a la piscina a ver si acertaba.

—Sí y además dispongo ahora de algunos días libres, así que lo mismo vas a tener hasta suerte, Nico—me dio el teléfono.

—Yo siempre tengo suerte, muñeca...

Y si no la tenía, la buscaba, pero yo nunca me daba por vencido cuando de mujeres se trataba, eran mi debilidad...

Lis no sabía que llegaba ese día. No, no me daba la gana de que se colara allí con pancartas y demás, la conocía como nadie.

A ella le gustaba más ese tipo de cachondeo que a un tonto un lápiz y yo no estaba por la labor de montar un numerito de esos en el aeropuerto, que Lis para eso no tenía el más mínimo pudor.

Mi hermana ocupaba ya el casoplón que compartiría con su marido tras el enlace, ya que Kiev era un prestigioso médico de la ciudad.

Yo siempre bromeaba con ella y le decía que no había parado hasta dar con un rico que la mantuviera, pero vive Dios que lo que mi hermana sentía por Kiev era amor del bueno, que ella para eso estaba infinitamente más centrada que yo.

En cualquier caso, lo importante es que mi hermana había encontrado a su media naranja, aunque eso supusiera un alejamiento físico de mí. No voy a negar que Lis era un pilar fundamental en mi vida y que para mí hubiera sido formidable tenerla siempre a un tiro de piedra, pero lo único que contaba es que de verdad había encontrado el amor y que ante ellos se abría una vida maravillosa.

Un taxi me llevó al hotel que yo había elegido y en el que además mi hermana pasaría la noche antes de la ceremonia.

Yo esperaba esa noche como agua de mayo, ¡menuda la que podíamos montar en el hotel!

Era impresionante la Plaza del Mercado, *Rynek Główny*, en el centro histórico de la ciudad y donde estaba mi hotel; un lugar lleno de bares, tiendas, restaurantes y desde donde se llega a las principales calles de la ciudad.

Ya me habían dicho que Cracovia era un lugar que merecía la pena visitar y, por lo poco que había visto hasta el momento, no se habían equivocado...

El botones del hotel agarró rápidamente las maletas y entré a hacer el *check-in* en la recepción. Después, me acompañó a la habitación y comprobé que tenía algo que para mí era importante; unas buenas vistas a esa plaza que rezumaba vida por todos los rincones.

Eran apenas las doce de la mañana, me marché del hotel y le puse un mensaje a mi hermana diciéndole que estaba en la ciudad. Imaginad lo que soltó en respuesta, de todo menos bonito. Y es que eso de que no me hubiera ido a recibir la puso como una moto, pero bueno... Yo leía todo lo que iba soltando, pero como si no fuera conmigo, así que sonreí y le pregunté si comíamos juntos. Por supuesto aceptó, estaba loca por darme un abrazo y compartir unas horas con su hermano favorito, el único que tenía.

Las polacas eran bien guapas, estaba sentado tomando una cerveza en una de las terrazas de aquella plaza y vaya por Dios, aquello era un deleite para la vista. Tras mis gafas de sol iba contemplando todas las diosas que pasaban ante mi vista y sí, bien bonitas todas; la mayoría rubias, de piel pálida, como a mí me gustaban, parecían azafatas, modelos, tenían un gusto exquisito para vestir.

Obvio que me recordaban a Alka, la simpática azafata con la que me había pasado un buen rato de cháchara durante el vuelo. Y es que yo, si no le tiraba la caña a alguna allá donde fuere, como que no era yo....

A la hora acordada apareció mi hermana por el restaurante en el que habíamos quedado para comer. Lo hizo con Kiev, sonriente y se tiró a mis brazos apretándome con todas sus fuerzas.

Faltaban dos días para su boda, sus caras llenas de felicidad y nervios eran el reflejo del momento tan dulce que estaban viviendo.

—Anda que me has avisado ni nada, ¿se puede ser más capullo? —me preguntó.

—Se puede, se puede, pero necesito entrenar un poco—le contesté entre risas.

—Entrenamiento te voy a dar yo a ti, con el pedazo de recibimiento que te tenía preparado. Me lo has agitado...

—Listo que me he andado, que capaz eras de formarme una allí que saliéramos en los periódicos —le solté.

—Paparruchas, no se meas soso, ¿eh? Que nos lo hubiéramos pasado de puta madre...

De España llegaría al día siguiente nuestro primo Carles, ese tunante que a sus cuarenta años contaba con dos exmujeres y decía que andaba buscando su tercer divorcio. Así era él, sin miedo, a disfrutar del momento y luego cada uno por donde vino, eso sí, previa boda, que le gustaba eso de pasar por el altar y ser el centro de atención.

Ya estaba también nervioso por el reencuentro con él, ya que todos juntos podíamos formar la monumental, vamos que igual creábamos hasta un conflicto internacional.

Mi hermana estaba pletórica, no dejaba de contar cómo habían preparado todo, eso sí, en la familia de Kiev eran muchas personas, por nuestra parte solo Carles y nadie más, ya que nuestros padres fallecieron hacía cinco y nueve años, respectivamente. Mi padre no tenía hermanos y mi madre tenía una hermana soltera que era la mamá de mi primo, pero que por desgracia falleció cuando apenas tenía treinta años, por lo que este se crio con nosotros. Hoy en día era periodista deportivo en un programa de radio nacional y los tres éramos una piña.

Total, que en mi familia éramos tres gatos, pero muy bien avenidos y eso era lo fundamental.

Al día siguiente Lis se alojaría conmigo para despertar en el hotel y allí prepararse para su gran día, así que después de la comida con ellos y pasar unas buenas horas de la tarde, nos despedimos hasta que llegara ese momento.

Una ducha, pedí un sándwich a la habitación y me tiré en el sofá para ver un poco las noticias internacionales. No tardé en quedarme dormido, que para eso era un fenómeno; era planchar la oreja y entrar en un sueño profundo.



Capítulo 2

Amanecí en el sofá, pero esa suite es que era la leche de cómoda, tenía dos camas de matrimonio, dos sofás gigantes y, dos golpes en la puerta sonaron, ya sabía yo que era Carles.

—Hombre, mi primo, cuánto tiempo — dijo abrazándome como si hiciera un mes que no me veía, pero así era él.

—Son las nueve de la mañana ¿A qué hora has cogido el vuelo? — pregunté alucinando.

—A las cuatro, si cogía ese me ahorraba cien euros con respecto al de las siete.

—¿En serio? Joder ni que estuvieras a dos velas, desde luego que no puedo contigo. No me seas rata...

—Nico, a ti te gusta tirar el dinero, a mí me gusta mirar por él.

—Tirar te voy a tirar yo por la ventana — negué riendo.

Dejó las cosas y nos fuimos a desayunar a la plaza.

—Tengo que contarte algo — mordisqueó la tostada sin mirarme a los ojos y eso, eso me hizo saber que era algo que no me iba a gustar.

—Suelta... — carraspeé.

—Si vas con esa actitud no te lo cuento — advirtió sonriendo con ironía.

—Te veo venir y sí, sí me lo vas a contar.

—Estoy liado con mi posible tercera exmujer.

—O sea, estás liado con alguien con la que piensas hasta casarte...

—Llevamos apenas dos fines de semana liados, pero la chica apunta maneras — dio un sorbo al café, volvía a evitar mirarme.

—Va, suéltalo ya, estoy seguro de que, por esa cara me vas a sorprender y mucho.

—Bueno, pues me gustaría que vieras la de ella entonces.

—Pero como no está, ve soltando.

—Estoy con...

—¡Venga! — reí negando.

—La chica que mejor te cae del planeta, Rebeca — apretó los dientes aguantando la risa.

—¿Rebeca? ¿La hermana de mi socio? ¿Mi empleada? — de esta lo mataba.

—Efectivamente, la misma — arqueó la ceja.

—Y digo yo — me encendí un cigarro y solté el aire — ¿No había otra?

—No, esa noche no, al menos que apuntara maneras y que me pusiera perraco de amor.

—Perraco de amor... — volví a soltar el aire para dar una buena calada al cigarro y tirarle el humo a la cara, se merecía que lo ahogara.

—Primo, tú sabes como yo soy.

—Un gilipollas de primera, sí, tenía constancia, pero no de que tuvieras tan pocas luces de irte con la tipa que peor me cae del mundo mundial.

—Tranquilo que no tendrás que vivir con ella — rio.

—Estaría bueno, demasiado que tengo que aguantarla cada día en las oficinas, en fin, espero que te dure el calentón dos días.

—Más que un calentón, te repito que la veo como mi tercera exmujer.

—Vamos que te quieres hasta casar con ella ¿Tú en que mundo vives?

—En el mismo que tú, vamos que no te quedas atrás, lo único que nunca te decides a vivir un bonito día en el que dos personas se unen para toda la vida.

—Eso, por eso buscas tu tercer divorcio — negué y miré al camarero para que trajera otros dos cafés.

—Una cosa es la tradición de lo que se diga que es para toda la vida y otra la realidad, yo duro lo que me dure el amor. Después, fue bonito mientras duró, pero cada uno por su lado.

—Bueno, ni me digas más, Rebeca, desde luego que es para matarte ¡Rebeca! ¿Tú sabes lo que es eso?

—La chica que peor te cae del mundo.

—Sin dudarle, la que peor me cae del mundo... — repetí mirándolo incrédulo.

—Pero es que no te dije...

—A ver, suelta — solté el aire ya confiando en que no había nada peor que pudiera decirme.

—Mañana llega para la boda, Lis aprobó que trajera una acompañante y como mañana comienza sus vacaciones, se viene a pasar unos días...

—¡Yo te mato! Tú lo sabes ¿no? ¡Me vas a joder la boda de mi hermana, tío!

—Tío no, primo — sonrió.

—Necesito despertar de esta pesadilla — cerré los ojos y me puse le mano en la frente.

—Tampoco es Cruella de Vil — se rio.

—Tú calla, por tu bien calla — le advertí.

—Lo mismo es mañana cuando limáis asperezas...

—Mañana voy a pasar de vosotros dos como de la mierda, que te quede claro — sonreí con gesto de advertencia.

—Por supuesto, no esperaba menos, mañana es Lis la protagonista, tú pasa de nosotros — me hizo un guiño.

—Protagonista es la hostia que tú tienes, pero te vas a librar porque eres mi primo.

—Y porque tú eres de los de cero violencias — sonrió.

—Vamos, anda, vamos a desayunar tranquilos que telita de amanecer me has dado — dije mirando a una preciosa rubia que se había sentado en una de las mesas de la terraza, vamos al frente mía.

—¿Te gusta?

—¿Te callas? — lo miré resoplando.

—La estás mirando...

—Mejor que mirarte a ti seguro que es.

—Es bonita...

—Preciosa, sí, ¿y?

—Nada, solo pregunto.

—Pues no preguntes tú tanto, que me has puesto de una leche torera, joder...

—Venga primo, a ver si vas a decir que te he causado yo ahora una úlcera de estómago, que te lo tomas todo muy a la tremenda.

—Si me lo tomara a la tremenda me habría levantado y me habría ido... Rebeca... menudo despropósito. Desde luego que, si me pinchan, no me sacan ni una gota de sangre.

Volteé los ojos resignado, lo que me faltaba mañana Rebeca aquí y en la boda de mi hermana ¡Había que joderse!

Si me hubieran preguntado por una sola persona a la que excluir del todo de esa boda, yo no hubiera dudado un segundo en decir que era Rebeca a quien no querría ver por allí ni en pintura.

Y hablando de joderse... Esa rubia no me quitaba el ojo de encima y hasta me había sonreído ¿Le habría yo ocasionado la misma sensación que ella a mí? Me estaba dando un morbo...

—Te está mirando...

—Y tú te vas a comer la tostada de golpe como no te calles — dije haciendo señas al camarero para que trajera otros dos cafés.

—Eres muy poco romántico...

—Hala, habló el Patrick Swayze de “Ghost” — volteé los ojos negando.

—¿Me estás llamando fantasma?

—Menos mal que las pillas a la primera — reí.

—¿Y no será que tú estás enamorado de Rebeca y no lo quieres admitir? Si es así la puedo dejar, estoy a tiempo.

—No, por Dios, quédatela enterita, aunque esté frito de amor por ella — dije con ironía, mi primo es que los tenía bien gordos y le pesaban más que el cerebro.

—¿Seguro? — quiso insistir, ese no probaba puño porque compartíamos sangre.

—Segurísimo — murmuré mirando a la chica esa que me llamaba mucho la atención.

La chica me miraba y no poco, así que nos pasamos un buen rato cruzando nuestras miradas, era tímida, pero arriesgada, era una mezcla del bien y el mal, me gustaba. Lo dicho, tremendamente morbosa y una verdadera monería.

—¿Digo que te la envuelvan para regalo, primo? —el mequetrefe insistía, madre mía la que me estaba dando.

—¿Te puedes ir un poquito a hacer puñetas, primo? Ah, y no olvides llevarte a Rebeca contigo, no vaya a ser que nos dejes aquí a semejante joyita.

—Desde luego que le tienes una inquina que no es ni medio normal, tío...

—Sí, pobre víctima. A ella, que es una chavala tan prudentita y encantadora, no sé por qué soy tan maligno—ironicé.

—Pues eso mismo digo yo...

—Echa un poco más de leña al fuego y por la gloria de mi madre que salimos cada uno por un lado—le advertí.

—Ya me callo, vaya carácter el tuyo, primo....

Pagué y nos levantamos para pasar, aproveché para sacar una tarjeta con mi teléfono y al pasar por delante de ella para irme le hice un guiño y se la dejé sobre la mesa.

—¡Toma ya! Con dos cojones, Nico — decía Carles siguiéndome.

Yo solo tenía la cara de ella en mente mirándome mientras se ruborizaba y era incapaz de articular palabra, era una preciosidad, natural como la vida misma...

Paseamos por el barrio judío, llamado también *Kazimierz*, vamos, de esos nombres que se te quedan para siempre, como decía Carles mientras nos echábamos a reír.

Poco a poco se me fue pasando el cabreo; era lo que tenía que fuera mi único primo, que lo quería demasiado. Y eso que esta vez se había cubierto de gloria...

Volviendo a lo del barrio, aquel fue abandonado en la ocupación de los nazis, pero luego con el rodaje de la peli “La lista de Schindler” se restauró y se convirtió en lo que era hoy; un lugar transitado diariamente por muchas personas, además que tenía algunos de los mejores restaurantes tradicionales que merecía la pena visitar y eso hicimos, comer en uno.

Probamos los *pierogis* que era una especie de ravioli como empanadillas que estaban deliciosas, además de una carne que estuvo espectacular.

Vamos que allí nos pusimos las botas, ya que las delicias gastronómicas del lugar no eran para darles de lado precisamente.

Lo de Carles y Rebeca me tuvo todo el día en shock, es más cuando mi hermana llegó al hotel con su vestido para el día siguiente, sus cosas y todo, no se terminó de instalar cuando la puse al corriente ante la sonrisita de Carles que la miraba esperando su reacción. Y claro, la pobre Lis lo último que se imaginaba es que la acompañante de este no fuera otra que la que tan mal le caía a su hermano, así que como dijo ella, no era normal que todo fuera tan bien...

—Carles, te has pasado. Yo no digo nada, pero lo digo todo. No le vayas a dar la boda a mi hermano, que os conozco...

—¿De verdad me crees capaz de hacer algo que te disgustara el día de tu boda, primita? ¿O al lerdo este? Que ya sabes que lo quiero como a un hermano, por mucho que me guste quemarle la sangre.

—En eso estamos de acuerdo, primo—le dije— porque me la has puesto a hervir.

Al final nos echamos a reír, total con ignorarla tenía bastante pero claro, iba en mi mesa, para tres gatos que éramos que mínimo que nos sentáramos juntos. ¡Puñetera Rebeca! La iba a tener hasta en la sopa, y nunca mejor dicho...

Mi hermana estaba con los nervios a flor de piel, nos enseñó los pendientes, la pulsera, la sortija, la gargantilla, el tocado, la ropa interior y hasta el vestido, todo se lo colocó para aparecer por la salita de la suite vestida como luciría al día siguiente, preciosa, iría espectacular, eso si no le daba algo de los nervios que llevaba.

Le entregué el regalo de Lola y se emocionó mucho, diciendo que aquella mujer no podía ser más detallista y que yo tenía mucha suerte de contar con ella. Bien mirado, Lola era hasta el momento la mujer de mi vida, la única que pasaba tiempo en mi casa... Vaya película que me acababa de montar yo solito en mi cabeza.

Nos dieron la una de la mañana charlando a los tres en el sofá mientras ella fantaseaba con todo lo que pasaría al día siguiente.

—Quién nos iba a decir cuando éramos tres ratoncejos que íbamos a estar aquí en Cracovia, de adultos, para tu boda, prima—comentaba Carles mientras nos tomábamos una copa.

—Sí, es que mi hermana nunca ha sido demasiado convencional, primo, tú lo sabes. Ella todo lo ha hecho a lo grande, y tenía que casarse con un ricachón aquí en la gran puñeta. Era eso o no era

ella—añadí.

—Joder, qué visión tan romántica habías dado del asunto. Va os podéis ir los dos a freír espárragos y lo que tenéis que hacer es sentar la cabeza también, puñeteros, que ya os va tocando.

—Yo he tratado de sentarla dos veces, prima. Pero ¿qué culpa tengo yo de que luego se me vuelva a levantar sola? —le contestó Carles.

—Oye primo, que solo nos hemos tomado una copa, ¿tú de qué cabeza crees que estaba yo hablando? Que me refería a la de arriba, aunque en tus divorcios creo que ha intervenido también la de abajo... cuando se animaba demasiado con quien no debía.

—No, si verás, ahora voy a ser yo la pieza más grande entre las piezas, dile algo a tu hermano...

—A su hermano déjalo que estoy muy calladito y no me provoques, que me tienes hoy calentito—reí—Además, yo siempre he podido hacer lo que me saliera de mis santos cojones porque para eso no le he jurado amor eterno a ninguna. Esa es la diferencia, ¿no crees?

—Ay, hombre de poca fe... Ya os he explicado muchas veces que eso del amor eterno es un decir, pero que el amor dura lo que dura, dura...

—Anda que vaya ánimos me estáis dando, mejor me había quedado con Kiev, que ese sí que es “romántico”—dijo con gestito libidinoso, era mortal.

—Vamos, que por la cara que has puesto, es romántico y una fiera en la cama, prima, que te da mandanga de la buena, vaya—ya se estaba Carles viniendo arriba.

—A este no le pongas ni una copita más, hermana. Que tiene muy mal beber—me reí, porque ese no necesitaba nada para empezar a liarla.

—Hombre claro—le contestó ella—que os digo yo que los polacos no son fríos, vamos que una mierda para quien diga eso, este es un animal en la cama. En resumen, que puedo yo escribir un libro erótico...

—Y yo puedo pasarme toda la puñetera vida sin saber de tus intimidades con mi futuro cuñado, hermanita, a ver si este me ha dado el día y tú me vas a dar la noche...

Lis y Carles se acostaron en una cama cada uno, yo me quedé en el sofá ya que era cómodo y espacioso.



Capítulo 3

Un mensaje me hizo abrir los ojos y es que se me había olvidado ponerlo en modo silencio.

Y era ella, la chica de la cafetería a que le dejé mi número sobre la mesa.

“Buenos días, Nicolás. Un placer, mi nombre es Paulette”

Ay ¡Qué cosa más bonita! Su foto de WhatsApp era preciosa, tal como era ella, pero esos labios pintados de rojos...

Me había llamado por mi nombre, obvio que lo sabía por mi tarjeta, pero me había encantado, por supuesto, le iba a responder.

“Buenos días, Paulette, el placer es mío...”

Vaya buen despertar que me había dado la jodida sin saberlo, y es que, en honor a la verdad, por su actitud pensé que no tenía demasiadas posibilidades de que me llamara.

En ese momento apareció mi hermana exigiendo por teléfono que le subieran el desayuno, bueno, con buen tono, pero ella ni buenos días ni nada, primero su café y luego volvía a la vida.

Pensé en la conversación que habíamos tenido la noche anterior y concluí que no tenía desperdicio. Y es que cuando a Lis se le soltaba la lengua, se le soltaba, pero bien...

Estaba con su albornoz y la toalla sobre la cabeza, se había acabado de duchar. Huelga decir que la vi guapa a rabiar, mi hermana había heredado las facciones de nuestra difunta madre, que también era una belleza.

Sin dejar de mirarla, pensé para mis adentros que esperaba que disfrutara de su boda más que un cochino en un charco, aunque luego concluí que tal deseo había sido más basto que un olivo.

Se tiró bocarriba en el sofá sin decirme ni por ahí te pudras, pero así era ella, todo amor... Particularmente recién levantada, que era para rifarla y no quedarte ni con un número... Bastante suave la había encontrado la noche anterior para aquello a lo que me tenía acostumbrado, pero ya volvía a su ser...

Reí y me escuchó, pero ni giró la cabeza, no veas con la novia ¡rebosaba felicidad!

Carles bebía un vaso de agua mientras me miraba aguantando la risa, pero es que aquello parecía un velatorio por parte de Lis en su gran día.

—Hermana ¿Tú estás segura de que te quieres casar? — pregunté mientras me levantaba a abrir la puerta al camarero de piso.

—Te jodan, Nico — me sacó el dedo ante la risa explosiva que no pudo aguantar Carles.

Nos subieron el desayuno que pusieron sobre la mesa en la que no tardamos en sentarnos.

—No me has respondido... — dije cuando se fue el camarero.

—Un gesto con el dedo creo que cualquier inteligente lo entendería — sonrió con ironía bebiéndose una primera taza de expreso.

—Ya, ya, pero es que anoche parecía otra cosa...

—El efecto del alcohol, supongo. Y no me hagas darte más explicaciones, que me he levantado de muy mala leche.

—Prima, que, si tenemos que dejar tirado al polaco, lo hacemos.

—Carles ¿A qué hora llega tu próximo divorcio?

—Ya está en el hotel, ahora me voy con ella a la habitación y os dejo preparaos...

—Pues aligera por si se te hace tarde — mi hermana acabada de levantar era lo más borde que había sobre la faz de la tierra, pero ese día se estaba superando.

—A la que no se le tiene que hacer tarde es a ti, tu novio esperando y de su brazo tu futura suegra... — hostia, acababa de abrir la caja de pandora, mi hermana con la madre de Kiev se llevaba fatal, vamos se tragaban menos que Rebeca y yo y ya era decir.

—Anoche soñé que llegué a la catedral de tu brazo y no había boda, la estaban velando...

—¿A tu suegra? — preguntó Carles mientras yo escupí el café hacia todas las direcciones.

—Hombre, pues claro, no va a ser a Kiev que el chaval es buena persona — negó sin soltar ni la más mínima risa, mientras los dos estábamos llorando con la barbaridad que había soltado la niña.

—Hermana te has pasado — le dije moviendo la cabeza a modo riña.

—¿Pasado? Pasado ella, que al final me despierto y vuelvo a la realidad de que la veré con su sonrisa malvada, qué cruz de mujer ¿Qué hice yo para merecer a esa bruja de suegra?

—Pero es la mamá de tu futuro marido — le regañé sin dejar de reír.

—Pues es una bruja y punto, si quiere, bien y si no, también — volteó los ojos mientras negaba.

Cómo para contradecirla, lo malo es que había soltado aquella barbaridad con tal naturalidad que nadie diría que no era lo que deseaba. Madre mía que, si sus deseos se hicieran realidad, a su suegra le iban a quedar dos telediarios.

Mientras desayunábamos llegó la chica que la iba a maquillar y peinar, Carles se fue con Rebeca y yo me metí en la ducha mientras preparaban a mi hermana en la salita.

Cierto que, en ese sentido, la boda iba a resultar un tanto atípica porque mi hermana no tenía allí ni a sus amigas ni a nadie que le hiciera de dama de honor. Menos mal que ella era más fuerte que una tortilla de tornillos y se lo echaba todo a la espalda.

Me vestí en la habitación y luego salí a ver a mi hermana que ya estaba lista, preciosa; el pelo suelto con blondas y una corona fina que la hacía toda una princesita dentro de ese vestido de corte nobleza, me emocioné al verla y nos fundimos en un caluroso beso.

—Pero Lis, ¿se puede estar más bonita? Madre mía que los vas a dejar a todos sin habla, cantando por peteneras o por “polaqueras” o por lo que quiera que canten los polacos.

—Arte que tiene una, hermanito, ¿o es que esperabas menos?

—Contigo nunca se puede esperar menos, eres una tía de lo más especial y tu futuro marido un tipo con mucha suerte. Eso sí, ¿le has advertido ya que no se te puede hablar hasta después de que recibas tu dosis de cafeína? —bromeé—Mira que después no quiero devoluciones...

—El pobre aguantará lo que tenga que aguantar...—rio.

Joder, menos mal que yo tenía buenas referencias de Kiev, porque le deseaba a Lis lo mejor de mejor. Eso sí, yo no creía mucho en el amor, pero bueno, que fueran felices durante todo el tiempo que ella lo considerara, que para eso la vida son etapas...

La chica terminó de prepararla y se marchó, ahora solo me quedaba ponerle mi brazo para que se agarra a mí, para poderle llevar ante el hombre con el que comenzaría una nueva vida.

—Hermano, me cago — dijo mientras bajábamos en el ascensor. No era literal, era de que le temblaba todo.

—Tranquila, relájate, tienes que disfrutar tu momento.

—Ojalá se cumpla mi sueño... — volvió a recordar lo del velatorio y la miré llorando de la risa ¡Ella, solo ella! Así era...

—Pero ¿se puede ser más bruta? Te prometo que a veces me asustas hasta a mí y eso que te conozco bien. O será precisamente por eso, porque sé que eres todo un personaje.

Nos montamos en aquel lujoso coche que nos esperaba en la puerta del hotel para llevarnos a la catedral de *Wawel*, donde le esperaba su inminente marido para darse recíprocamente el sí quiero.

—Mano — así me llamaba cuando se ponía sentimental.

—Dime, mana.

—Dile al chofer que tire para el aeropuerto, me niego a casarme — decía mirando por la ventanilla y resoplando.

—Ah no, vamos a que te cases. Y ya luego si quieres te separas, pero yo ya tengo hoy el cuerpo hecho a fiesta — bromeé para relajarla.

—Mano y me tengo que quedar aquí para siempre...

—Habértelo pensado antes, pero de todas formas son poco más de tres horas de vuelo y seguro que vas cada dos por tres.

—Y tú ¿vas a venir a verme?

—Después de ver lo buenas que están las polacas, no dudes que te haré muchas visitas — le hice un guiño.

—Mano ¿Tú me quieres?

—¡Pero Lis! — reí — ¿Qué preguntas son esas? — le di un beso en su mejilla.

—Yo que sé, estoy tonta hoy.

—Pues deberías de estar feliz.

—Mano si la bruja se pone tonta tú mírala como sabes de esa forma intimidatoria.

—Lis ¿Te vas a relajar? Me estás poniendo nervioso — resoplé riendo.

—No me quiero casar, hoy no, mañana, pero hoy, no. Me lo he pensado mejor...

—Si claro, cuando te salga de ahí, anda y relájate.

—Mano, que mira qué de gente, y nosotros somos tres gatos — dijo al ver a todos en la puerta de la catedral.

—Cuatro, somos cuatro gatos, ya que Rebeca viene a rellenar espacio, mira por ese lado hasta nos viene bien.

—Mano, aquel que está con Carles y Rebeca ¿No es Julián?

—Hostia, cómo nos engañó diciendo que él se quedaba al frente de la empresa, ahí estaba el tío, ya sabía yo que no me fallaba mi socio ¡Joder! Seguro que vino en el vuelo con Rebeca.

—Menos mal que en vuestra mesa hay tres espacios libres — rio nerviosa.

Me bajé del coche y le abrí la puerta para que se bajara, los invitados aplaudieron y cómo no, Julián que era muy rociero tenía su guitarra y comenzó a cantar las sevillanas de “La niña” de Ecos del Rocío ¡Para matarlo! ¿Quién le iba a entender la letra en Polonia? Pero a nosotros nos sacó una sonrisa.

“Esta noche no sé si dormirme o sentarme un ratito a rezar y pedirle mil veces a la virgen que sin mí no le falte de ná”

El arte que tenía mi socio no se podía aguantar y los viandantes estaban alucinados. Se paraban y nos hacían fotos, para mí que otra boda así no se había celebrado en Polonia en la vida...

Y yo que había llegado allí con el pensamiento de que aquella iba a ser una boda sosa, y no le iba a faltar ni un perejil. Ahora sí que estaba contento, iba a ser un evento a la altura de lo que merecía Lis...

Mi hermana y yo bailando las sevillanas, estaba claro y todos los polacos aplaudiendo de aquella manera, no había forma de que cogieran el ritmo; menos mal que Julián tenía buen torrente de voz y aquella guitarra se escuchaba bien.

—Mano, mira la cara de siesa que tiene mi casi suegra — decía mientras bailábamos.

—Dientes, dientes, es lo que le jode.

A Kiev se le veía emocionado, pero es que la madre ni disimular podía.

Julián me hizo un guiño y yo asentí en señal de gratitud a que estuviera ahí. Lo cierto es que él no

podía faltar... Hubiera sido imperdonable. El caso es que en su día lo hablamos y me dijo de quedarse por el tema del negocio y luego no paraba de bromear con el hecho de que yo no lo quería llevar... Otro que era casi como un hermano para mí... Pero él, ¿eh? Que a Rebeca le hacía yo la cruz y murmuraba eso de “*vade retro*” como si viera a Satán...

Entraron y nosotros lo hicimos después, entregué a mi hermana a mi cuñado con un gesto de emoción que me salió de lujo y me puse a un lado junto a la que mi hermana denominaba la bruja mundial.

A decir verdad, Lis podía ser muy bruta en muchas cosas, pero en llamarla así no le faltaba razón. La tía tenía una cara de llevar mil años sin echar un kiki, cosa absolutamente normal por otra parte, porque a esa no la tocaba nadie ni con un palo.

La ceremonia fue preciosa y eso que yo era para esas cosas muy frío, pero tuve que contener alguna que otra lagrimilla y es que era mi hermanita, la única que tenía.

La cara de Lis era un poema, yo pensaba que mezcla de la emoción y el miedo ese escénico que le había entrado esa mañana, ¡vaya personaje!

Miedito me estaba dando el momento de soltar el “sí quiero”, mira que si al final se arrepentía de verdad y lo dejaba tirado en el altar... Entonces sí que iba a tener que pedir yo el cubo de potar cuando viera la cara que se le pondría a la madre.

Por fortuna, cuando llegó el susodicho momento mi hermana asintió, no sin antes mirarme, haciendo que suspirara aliviado. Joder, es que vaya arranque de mañana había tenido, menos mal que todo había quedado en un susto y la boda había salido a pedir de boca.

Salí del brazo con la bruja ¡Había que joderse! Aunque eso era obvio, ya que mi hermana lucía del brazo de su marido.

La bruja hizo el amago de comenzar a hablarme en inglés, y entre eso y que estaba caminando, tuve la certeza de que no estaba muerta. Lo digo porque durante la ceremonia llegué a dudarlo, ¡joder, vaya madrina más fría! Si parecía una estatua del museo de cera... ¡Anda que había echado una lagrimita ni nada! Claro que por todos era sabido que la “simpatía” que mi hermana y ella se tenían era recíproca.

El asunto es que yo estaba pensando que a esa le iba a dar charleta Rita la Cantaora, no fuera a ser que se entusiasmara y quisiera hincarme el diente. Que por cierto, de ser así, me iba a hacer un respunte, porque los tenía más afilados que Drácula, la hija de la gran china parecía una piraña.

A la salida los novios se fueron para hacerse el típico reportaje y los demás a la finca donde se iba a celebrar la boda, ahí nos esperaban unos entrantes y unos vinos, muy a lo español, cosa de mi hermana.

Un coche me llevó al lugar donde ya se encontraban Julián, Rebeca y Carles, por supuesto Rebeca y yo nos echamos a reír de la situación.

—Mira lo calladito que lo tenía.

—Ya veo — dije riendo mientras le daba dos besos.

—Lo mismo de esta nos hacemos súper amiguis — me hizo un guiño.

—No lo creo, pero lo intentaremos — cogí una de las copas que me ofreció un camarero y brindé con los tres.

Joder qué buenas estaban todas las camareras, qué me gustaban las rubias. Y, además, en lo que iban y venían, yo me deleitaba la vista y evitaba tener que cruzar demasiadas palabras con

Rebeca, no fuera que aquello, en vez de una boda, terminara pareciendo un fuego cruzado y tuvieran que venir los cascos azules de la ONU a poner paz.

Aunque, si he de ser sincero, Rebeca estaba de lo más graciosa buscándome la lengua y Carles me miraba sonriente como diciendo que por favor me mostrara igual, por él, por lo que nació entre ellos y por lo que fuera a durar... Así que me tenía que reír pues era para matarlos, eso sí, Julián aguantaba la risa, se lo pasaba pipa, sabía esas rencillas que tenía con su hermana, pero es que... ¡Disfrutaba!

—Nico, aquella que está entrando con la pamelita blanca ¿No es la chica de la cafetería?

—Joder, es Paulette ¿Qué hace aquí?

—Pues mira, está ordenando que coloquen bien el floral de aquella mesa, que pongan más sillas ahí y que quiten aquel bulto de la esquina...

—¿Es la dueña del restaurante y la finca?

—Madre mía, esta mañana me puso un mensaje...

—¿Quién es esa? — preguntó Rebeca.

—Una chica que tomó un café al lado de nosotros, en otra mesa, pero que el ingenioso de Nico le dejó al irse una tarjeta sobre la mesa.

—No veas con el jefe — puso cara de asombro.

Paulette se puso sobre uno de los tantos barriles que hacían de mesas de apoyo, con el móvil, y yo....

—¿Paulette? — dije acercándome por atrás.

—¡Nicolás! — me miró sonriente y frunciendo la cara al no esperar verme allí.

—Nico, Nico — reí.

—De acuerdo — dijo en un perfecto inglés, menos mal que yo lo hablaba a la perfección, si me llega a hablar en polaco la hubiéramos jodido.

—¿Estás invitada al evento? No esperaba verte por aquí, ha sido toda una sorpresa. Grata, por cierto...

—No, no estoy invitada — sonrió — pero voy a estar, soy la organizadora de bodas, tengo una empresa que se dedica a ello.

—Vaya, me has dejado sorprendido. ¿Y para cuándo vas a organizar la nuestra? — bromeé.

—El día que me case será en una playa y sin invitados, estoy de bodas hasta aquí — señaló a su coronilla.

—Me lo imagino — sonreí nervioso ¡Cómo me ponía aquella rubia! Y encima hablaba de lo más bonito.

—¿Es familiar tuya la novia?

—Mi hermana y yo soy el padrino — arqueé la ceja.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa ¿Hasta cuándo te quedas?

—Pues no tengo prisa — mentí, tenía la vuelta para dos días después, pero si había que mandar a la mierda el billete, pues se mandaba y me compraba otro ¿Dónde estaba el problema? —Estaré por aquí hasta que me aburra.

—Entonces te debo una cena por ser parte de la familia de la novia, en uno de los restaurantes más bonitos de Cracovia donde también se celebran bodas de noche.

—Pues claro que me la debes, es más la quiero rápido, que el cliente siempre exige — le hice un guiño.

—Está bien, está bien, de acuerdo — sonreía.

Mi hermana llegó con su recién estrenado marido y Paulette me dijo que después nos veríamos, tenía que estar al tanto de todos los detalles. Por mi parte, volví con los chicos y estos no dejaron de bromear diciendo que no solo los novios iban a hacer cositas esa noche...

—No seáis capullos y no empecéis ya, que queda mucho día y sobre todo muchas copas por delante...

—Es que, si no te damos caña, esto pierde todo el encanto—me contestó Carles.

—Pero ¿es que siempre tienen que hablar los lisiados? Mira que como sea yo el que comience a darte caña a ti lo mismo sales emocionalmente baldado—le sonreí.

—Oye, eso no tendrá nada que ver conmigo, ¿no? Por la parte que me toca como compañía—Rebeca no tenía ni un pelo de tonta y sabía muy bien por dónde iban los tiros.

—Yo no digo nada, que después se sabe todo, pero aquí hay mucha gente que tiene tela por lo que callar, así que mejor nos ponemos todos la cremallerita en los labios, que seguro que estamos más monos—reí.

—Bueno, eso depende, yo mona estoy desde que amanece el día—allá iba Rebeca, que no tenía abuela y se lo decía ella todo sola—¿O no, Carles? —miró a mi primo.

—Pues claro que sí, pichoncito—le contestó, para regocijo de ella.

Madre mía que, como fuera verdad eso de que mi primo buscara su tercer divorcio con ella, la bodita que me iban a dar iba a ser de órdago. Mejor me inventaba que estaba enfermo y hacía que me ingresaran de coartada. Me daba igual, como si tenía que fingir que pasaba la varicela de nuevo....

El lugar era espectacular, estuvimos primero en los jardines probando muchos entrantes que eran de alta cocina, preparados muy meticulosamente y con un sabor mezcla entre ese país y el nuestro, de eso se encargó mi hermana.

Me acerqué a la barra del jardín a pedir otro vino que no era de los que pasaban los camareros, ahí una voz femenina me saludó de lo más feliz. Yo debía estar de suerte, porque me resultó tan angelical como sexy.

Me giré y era otra invitada que se apoyó en la barra a pedir y comenzó a hablarme, sonriendo, se

le veía que tenía chispa, muy bonita, no tanto como mi Paulette, pero muy bonita.

La chica me estuvo hablando como cinco minutos en los que sujeté mi copa para irme, pero no la quería dejar con la palabra en la boca.

—¿Qué te decía esa chica? — preguntó Carles a modo curioso.

—Ni idea, no la entendí — me sinceré aguantando la risa.

—¿Te has aguantado una charla como esa sin saber qué te decía? — preguntó alucinando Rebeca.

—Debió ser algo divertido pues se reía y me contagiaba, así que con sonreír era suficiente.

—Eres mi ídolo, eres mi ídolo — reía Julián con una mano sobre su codo y esta sobre su boca.

Ni ídolo ni nada, que dicen que la ocasión la pintan calva y yo no me perdía ni una, aunque lo cierto era que yo tenía un objetivo que conquistar en aquella boda y no era precisamente la preciosidad rubia que acababa de darme palique.

Observaba desde lo lejos a Paulette, con ese vestido corto, sin mangas, ceñido a su cuerpo ¿Se podía ser más sensual? Joder me tenía con las hormonas por las nubes.

De buena gana la hubiera abordado en ese mismo momento, pero lógico que ella tenía que trabajar y yo no iba a quedar como un moscardón desesperado, ¡hasta ahí podía llegar la broma!

Además, lo bueno debe hacerse esperar un poco y yo así iba estudiando sus movimientos de lejos,

como un ave rapaz que estudia los de su presa, pero desde la distancia y sin levantar sospechas.

Mi hermana vino hacia mí flechada con una sonrisa que yo sabía que era más fingida que todas las cosas.

—Mano, la vieja bruja me dijo que no estaba mal como iba vestida ¡No está mal! Eso fue lo que me dijo ¿Será hija de la gran bruja? Yo no la puedo soportar, te lo juro.

—No le hagas caso, son celos de madre—preferí omitir el detalle de que yo pensaba que estaba mal follada para no calentarle todavía más el pico a mi hermana.

—Pues se va a enterar, verás cuando coja yo el micro y tenga que decir unas palabras, se va a cagar por las patas abajo. Esa no me conoce, pero está próxima a hacerlo, aquí lo mejor va a ser el final, como en las pelis...

—Mana, es tu día, disfruta — la abracé.

—Voy a disfrutar, no te quepa dudas, a la vieja esa le amargo la existencia. Eso es lo que más feliz me va a hacer, solo de pensarlo ya se me pone la piel de gallina, de la emoción. Mira, mira....

—Disimula, a lo lejos viene tu marido, haz que por lo menos el matrimonio dure veinticuatro horas — bromeé, pensando que con Carles ya teníamos cubierto el cupo de divorcios.

—No, no, el matrimonio va a durar tres meses, que son los que necesito yo para coger los puntos y pillar aquí la plaza por la que vine cuando lo conocí. Vamos, que si tú te crees que me he casado con este por guapo ¡Qué poco me conoces! — soltó y se giró a sonreírle que ya estaba casi a nuestra altura.

—¿Qué dices? —murmuré y comencé a sonreír también, aunque helado como un témpano por la sensación que acababa de recorrerme el cuerpo.

No, no me lo podía creer, mi hermana se había casado por interés y me lo soltaba el día de su boda, después de firmar... Así que todo lo que nos dijo la noche anterior se lo había sacado de la manga... La tía era más lista que el hambre y me la había dado hasta a mí... Y eso que yo presumía de conocerla muy bien.

Me tuve que beber la copa de un tirón, eso había sido demasiado para mí. Por mucho que hubiera imaginado, jamás habría pensado en algo como lo que mi hermana acababa de confesarme sin ningún rubor. Para mearse y no echar gota... Así era Lis.

Claro, mi hermana se quedaba a un punto de coger su ansiada plaza en Cracovia en un laboratorio de investigaciones clínicas, la mejor según ella, pero necesitaba más puntos... Así que se las había ingeniado para enamorar a alguien y no le valía cualquiera, no, un prestigioso médico de la ciudad.

¿Cómo no me lo habría olido? La puñetera lo había disimulado la mar de bien. Si hasta tenía en mi mente la vocecilla cantarina con la que me llamó tiempo atrás para decirme que se casaba. ¡Yo había picado! Bueno, no, a mí me la había dado, el que había picado el anzuelo, pero bien, era el pececillo de Kiev.

¡Yo la mataba! Luego decían que el loco era yo. Me tuve que beber otra copa de un trago, a ese paso iba a acabar más borracho que una cuba en un pis pas, pero es que aquello era demasiado.

Mientras el alcohol recorría mi garganta, yo pensaba en lo cierto que es eso de que “unos tienen la fama y otros cardan la lana”. Anda que no era lista la niña ni nada... Y mientras se iba a chupar unos meses en un casoplón del quince y una luna de miel digna de reyes. ¡Ole su higo!

Me uní de nuevo a los chicos e intenté disimular, pero se dieron cuenta de que algo había pasado.

—La niña, que se casó por interés — moví el cuello para ambos lados, me sentía tenso.

Una carcajada de Rebeca sonó en todo el jardín, eso sí, sabía que ninguno de ellos diría nada y aunque con la hermana de mi socio me llevara mal, era una tumba en todos los sentidos.

Les expliqué el comentario de mi hermana y no paraban de reír.

—Pues a mí que me devuelva los tres mil euros que le regalé para la boda — dijo Julián llorando de la risa.

—Yo menos mal que solo le di doscientos — contestó Carles sin poder dejar de reír.

—Yo tengo el sobre en el bolsito — se lo apretó contra el pecho — pero ahora sí que no lo suelto — murmuró en alto Rebeca.

—Yo me he quedado loco, no sé ni qué decir...—murmuré.

—Nada, primo, que somos todos unos piezas en la familia, lo llevamos en la sangre—me soltó Carles.

—¿Tú también? —le dio un codazo recriminatorio Rebeca.

—Yo no, mujer. Yo era, yo era... Pero de eso hace ya mucho tiempo, yo por ti siento cabeza y lo que haga falta.

Otro que me sonaba más falso que Judas, por el amor de Dios, ¿qué le pasaba a mi familia con el amor? Joder, que no nos duraba nadie más de un asalto. Algo valía que, mirando a Paulette, yo pensaba que ejemplares así eran los que podían curarme a mí del mal que nos azotaba.

Me bebí de nuevo otra copa de golpe de esas de las que los camareros pasaban, ya ni perdía el tiempo en ir a la barra.

Mi hermana se acercó a mí y puso la mano en mi hombro.

—Me esperan tres meses de miedo, para empezar le dije que era virgen y que hasta la noche de bodas no lo iba a hacer, pero claro — la miré negando y mis amigos que estaban escuchando aguantaban la risa, mi hermana no se cortaba ni un pelo delante de ellos — esta noche tampoco va a poder ser, resulta que me acaba de venir la regla y me dura siete días — sonrió con ironía — luego me va a venir una especie de virus no definido que me tendrá con el cuerpo cortado el resto de tiempo, de esos que ni el médico sabrá de dónde proviene, ya me lo estudié por Internet, así que ¡vaya luna de miel! — se rio y se volvió a marchar.

—Total, que todo lo que dijiste anoche de su fogosidad...—me quedé loco.

—Pura invención para ver la cara que ponías, yo a este ni lo he catado ni pienso catarlo, de eso puedes estar seguro.

—Soy su fan número uno desde hoy — dijo Rebeca y yo la quise matar, pero me eché a reír.

—Tú no le des bola, por lo que más quieras, que ya ves cómo se las ingenia ella solita, sin club de fans y sin nada—le dije.

—Cuidadín, jefe, que aquí no estamos en el trabajo, no creas que vas a venir tú a decirme lo que tengo y lo que no tengo que hacer—me advirtió con el dedo.

Otra que mejor bailaba, aquello parecía un matriarcado en el que las mujeres eran las mandamases, empezando por mi hermana...

—No, tengamos la fiesta en paz, que no quiero gresca. Es solo que me he quedado majara, me va a durar el cuñado un suspiro...

—Pues yo lo veo muy bien, ahora ya sabiéndolo, miro esta boda con otros ojos—soltó Rebeca.

—Sí, si la bruja de la suegra lo supiera, reventaba aquí como un triquitraque—añadió Carles, quien parecía disfrutar de lo lindo de pensar que ya no iba a ser él solo el divorciado de la familia.

—Desde luego, esto es un show—comentó Julián, quien era algo más tradicional y todo aquello le sonaba un poco a chino.

Por fin llegó el momento de pasar al interior, a la comida, así que necesitaba sentarme, relajarme y disfrutar de esa boda con los días contados, noventa, conociendo a mi hermana no sería ni uno más.

Para mi total regocijo, en ese momento mi mirada y la de Paulette se cruzaron y pude detectar en ella la misma emoción que yo mismo sentí.

—Anda, que a ver si al final va a ser una polaca la que te llegue a ti a la patata, primo—me comentó Carles.

—Pues no me dieran a mí más tormento que casarme con un tío de estos, que yo los veo de lo más rancios—añadió Rebeca que siempre tenía que decir la última palabra.

—Es tu percepción, yo a las polacas las veo muy cálidas y simpáticas—le dije, para hacerla rabiar un poco, de paso. Lo de llevarnos la contraria era parte del juego...

—Sí, sí, súper cálidas, igual que la tierra. Solo falta que digas que tienen más gracia que las del mismísimo barrio de Triana, no te fastidia—gruñó.

—Hombre su punto sí que tienen—añadió Carles.

—Tú aguanta el genio o los puntos te los van a tener que dar a ti en la cabeza, de la que te puede liar mi hermana—le advirtió Julián.



Capítulo 4

Miré a mi hermana sentada en la mesa junto a su flamante marido, a un lado el padre de este y al otro la suegra, a mí me quisieron dar cabida en la mesa, pero yo prefería estar con los chicos, ahí me sentiría un poco extraño.

Lis sonreía al marido al más puro sentido irónico, más falsa y salía al día siguiente en las noticias y ahora que lo sabía, lo veía con más claro todo; esto era fingido hasta la médula, con razón no me dejó aportar nada de los gastos de la boda y decía que los pagaran los padres del novio.

Y claro llegaron los platos, y mi hermana cogió el micrófono para decir unas palabras en su perfecto inglés, allá quien lo entendiera.

—Gracias a todos por estar aquí en esta unión hoy bendecida para siempre — sonrió con cara de inocente poniendo su mano en el pecho — Ahora quiero decir que hoy me siento una princesita en un cuento de hadas — y tanto como que estaba haciendo el papel de su vida y Rebeca no paraba de darme con su pie en el tobillo escuchando a mi hermana en señal de aguantar la risa y el descaro que se llevaba — Quiero agradecer a la que desde hoy es mi suegra — la miró y los cuatro nos miramos incrédulos, a la suegra decía, para matarla — esta que a partir de ahora será como una madre y que me cuidará como a su propia hija — la cara la suegra no tenía desperdicio, no podía disimular ni de bromas — Feliz con mi nueva familia, feliz con vosotros, con vuestra presencia y feliz por esta vida que acaba de comenzar para nosotros — miró tiernamente al marido, desde luego que para actriz valía — Y cómo no — miró hacia nuestra mesa, sobre todo hacia mí y ya me entraron los calores — a mi hermanito, ese que tuvo que ejercer de padre, ese

que está para lo bueno y lo malo, apoyándome, dejándose la vida en ello; a ti mi hermanito del alma, te amo y te prometo que siempre estaré a tu lado, gracias por quererme tanto.

La gente aplaudiendo, Rebeca con la servilleta secándose las lágrimas, pero no de la emoción, no, de la risa y aquello es que no era para otra cosa que reírse y reírse.

Julián que se acababa de separar le había echado el ojo a una que estaba en la otra mesa, así que la boda estaba de lo más movidita y entretenida.

Durante la comida me tuve que reír a lo grande, Rebeca que estaba a mi lado no paraba de decirme todo lo que mi hermana hacía. Al final me tenía que reír con ella a pesar de lo mal que nos caíamos, pero ese día estaba la cosa en calma y el alcohol nos ayudó a los dos.

Paulette pasó por nuestra mesa para preguntar si estaba todo de nuestro agrado, inclusive se sentó con nosotros para tomar una copa y charlar un poco, pero la cara de Rebeca era de que no la tragaba, yo le hice señas para que disimulara, se le notaba a distancia.

Y llegó el momento de cortar la tarta y cómo no, mi hermana le dijo a la suegra que no se levantara, se notó a la legua, vamos que solo se iban a levantar los novios, esa mujer no sabía con quién había ido a dar.

Y la música sonó y claro, fue por petición de Lis, no me cabía duda, Carles se tuvo que meter hasta debajo de la mesa a reírse ¿Qué sonó? Pues no podía ser otra para dar la nota que “Paquito el chocolatero”, todos en la sala aplaudiendo lentamente a ritmo de la canción, pobres polacos y se creerían y que eso era tradición española, en fin...

NA NA NA NA NA NA NA NA ¡EH, EH!

Sonaba la música mientras mi hermana nos guiñaba el ojo sonriente cortando la tarta y besaba al

novio para la foto, en fin, si de esta no nos acordábamos toda nuestra vida, era evidente que sería por haber perdido la cabeza.

¿Qué más nos podía deparar esa boda tan peculiar?

Pues mogollón de cosas, vamos, bonita era mi hermana.

No pusieron la tarta a todos, pero antes se abrió el baile nupcial y claro, Lis también había elegido la canción ¿Lo dudabais?

Ni más ni menos que Juan Luis Guerra y su tema “Te regalo una rosa”, ya para bordar la cosa a lo español, profundo español.

Pobre Kiev, había sido el comodín de la suerte, le tocó, qué le vamos a hacer, ya era inevitable, pero al tipo hasta se le veía feliz con todo lo que le ofreció mi hermana de variedad musical hasta ahora, pobre chico.

Yo bebía y bebía, eso sí, de repente sonó “Quisiera ser un pez” y Rebeca me arrastró hasta el centro del salón y me hizo bailar con ella.

—Disimula, aquí hoy todo es de mentira — dijo riendo.

—Ya, pero podías haber cogido a Carles — reí.

—No, a ese no lo quiero putear, ya sabes que es a ti — sonreía, pero me hacía gracia ese día, las cosas como son, aunque fuera difícil de admitir.

Mi hermana con el marido fue por las mesas repartiendo puros y una cajita de bombones, cuando llegó a la nuestra sonreímos todos esperando que soltara una de las suyas, esta vez venía con Kiev.

—Qué bonito está saliendo todo, que romántico, no lo olvidaré en mi vida — dijo la descarada poniendo cara hasta de puro amor.

—Ni nosotros, ni nosotros — murmuró Rebeca aguantando el explotar.

—Rebeca, tú tenías ahí el regalo para los novios ¿verdad? — le dijo Julián dejándola en el compromiso de dárselo.

—Pues claro, a mi niña que no le falte de nada — lo sacó del bolso... A su niña, no sé cuál era más falsa si la una o la otra, en fin, para no olvidar.

Mi hermana me miraba sabiendo que yo estaba que explotaba, pero eso le molaba; hacer de las suyas y que los demás la tuviéramos que seguir le gustaba mucho, su cara de satisfacción lo decía todo.

La cosa estaba buena, vamos, crónica de un divorcio anunciado el día de la boda, en fin, si mis padres levantaran la cabeza la volvían a esconder.

Yo observaba a Paulette que estaba atenta a que todos los detalles fueran minuciosamente bien puestos y lo estaba, la boda derrochaba glamour y cómo no, un poco de carnaval en nuestra mesa, de cachondeo era todo... Pero en el fondo me lo estaba pasando pipa, me había costado digerirlo, pero ¿qué podía hacer? Nada, pues eso, disfrutar de esa farsa y pasarlo genial con los míos.

La suegra de mi hermana no se movía de la mesa junto a su marido, con una cara de altiva y

amargada que no podía con ella, menos mal que no sabía la verdad, de lo contrario le daría a la señora un jamacuco de esos que no se volvía a levantar en la vida.

Y de nuevo mi hermana cogió el micro, ya llevaba unos cuantos de vinos de más y claro, la cosa se ponía subidita y ella que no se venía rápido arriba...

—Buenas tardes de nuevo — sonrió — Yo debí ser reportera, pero el mundo de la investigación me pudo — Quería anunciaros que en un rato pasaremos a las copas, luego vendrá la cena que irán pasando a modo entrante los camareros para aguantar toda la noche. Eso sí, fue un placer teneros en la comida y entendemos que muchos no tendréis ganas de marcha y preferáis ir a descansar, todo es respetable y vuestra presencia hasta ahora ya es el mejor regalo que nos pudisteis hacer — indirecta para largar a medio convite y quedarnos los que ella con disimulo llamó jóvenes, si es que para cojones los de ella, qué descarada, yo no podía parar de reír y Carles negaba con la mano en la frente incrédulo por la boda más surrealista que había vivido en su vida — Gracias por vuestra atención y en un rato ya sabéis ¡Nos vamos de fiesta!

—Tu hermana está echando a la suegra... — murmuró Rebeca.

—Qué va, vaya cosas piensas — respondí con ironía, vamos de que la había echado, la había echado y por la cara de esa mujer no tardaría mucho en irse.

Se vio como algunos invitados cambiaron su ropa a otra más informal pero bonita, la verdad es que tenían mucha clase.

Yo me quedé tal cual, mis pantalones de pinza grises, una camisa blanca y ajustada que me recogí hasta los codos y el pecho abierto, la chaqueta me la quité tal como salí de la catedral.

Rebeca fue a cambiarse, apareció con un vestido precioso en color champagne por encima de la rodilla, con un escote amplio y había que reconocer que valía, no me fijaba mucho porque me caía

mal, pero tenía mucho gusto para la ropa.

Mi hermana lució un vestido palabra de honor ceñido y una falda corta tipo princesa, monísima, era otro de novia, pero este en corto. Además, se quitó la diadema y se dejó el pelo al aire que lo llevaba precioso, encima dos vestidos para una falsa boda, para morir.

Y tras merendar comenzaron a irse los mayores, incluidos los padres de Kiev, eso sí la bruja como decía mi hermana se fue con una cara de amargada que no podía con ella.

Por parte de Kiev quedaron unos amigos médicos con sus mujeres y otros de toda la vida, unos diez, por nuestra parte los cuatro. Por fortuna, Paulette también se quedaba, lo haría hasta el final.

Ella se cambió también y apareció con una falda corta de encaje en color dorado, un cinturón ancho y una camiseta de tirantes ancho en tono arena, al igual que sus zapatos. Parecía una burbujita de Freixenet, estaba radiante.

Mi hermana se acercó a mí y me soltó algo que ya me hizo temblar.

—No sabes la de cosas que tengo preparadas para toda la noche, se van a acordar de los españoles para toda su vida.

—Ya solo quedan sus amigos — negué.

—Pues eso, que no se deberían de quedar, pero bueno los admitiremos como animales de compañía.

—Pórtate anda, ya que lo hiciste, que deje buen sabor de boca — imploré.

—Deja a la chiquilla que es su día y lo tiene que disfrutar — la defendió Rebeca.

—Muy bien dicho, al final te voy a coger cariño y todo.

—Lis, ya pensé que me lo tenías — respondió como haciéndose la indignada.

—Bueno que sepáis que esta noche va a ser muy larga y tú — señaló a Rebeca — No, no te lo tenía, pero a partir de ahora mi hermano y yo te tendremos en nuestro corazón — soltó causando una risa en todos.

Vi cómo Paulette daba el visto bueno para que la última fase de la boda se pusiera ya en marcha, al aire libre, en un jardín techado lleno de barras y mesas de barriles, como en las bodegas de España. Contaba con una zona con espacios para sentarse en sofás de estilo balinés, una pasada, se veía desde donde estábamos, pero claro, primero tenía que sonar la música y los camareros hacer el paseíllo para que entraran los novios y ya detrás el resto de invitados que permanecíamos allí.



Capítulo 5

Empezó a sonar la música y yo es que no daba crédito. Mi hermana venía con Kiev del brazo y ambos iban a hacer su entrada triunfal a los jardines a golpe de “La Macarena...”

Cielos lo que nos pudimos reír con aquel tío tan ganso que era mi cuñado cuando, justo en el momento del “Ey... *Macarena*...”, dio aquel salto, lacio perdido, y mi hermana haciendo como que lo jaleaba, con las lágrimas de risa corriendo por sus mejillas como si fueran toboganes...

—Me meo, yo es que en esta boda me meo—soltó Rebeca, abrazándose a mi cuello en un acto reflejo.

—Te has equivocado de primo y, con respecto a lo que estás diciendo, por Dios no me vayas a salpicar—sería lo que me faltara por ver en aquella celebración que estaba resultando de todo, menos típica.

—¿Qué dices de equivocado, ni equivocado? Sabré yo lo que estoy haciendo...—me miró de reojo y quise pensar que el alcohol la tenía ya achispadilla como a cualquiera, porque la realidad es que de allí íbamos a salir a cuatro patas...

Y es que el vodka que nos estaban sirviendo debía tener más grados que el horno del infierno, porque se agarraba a la garganta que era un gusto.

—Venga, ¡todos conmigo! —chilló mi hermana y allí empezó a bailar hasta el apuntador...

—Tú también—le dije a Paulette, cogiéndola del brazo, momento en el que noté que Rebeca le dio un culazo a una de las invitadas polacas para ponerse ella también a mi lado. Por Dios, ¿qué le había entrado a esta mujer?

Yo miraba a mi primo y mi primo me miraba a mí. Yo no entendía nada, pero veía que Carles estaba cualquier cosa, menos molesto, ya que lo único que hacía era pinchar más y más a mi hermana para que siguiera haciendo el candado.

—Venga, ahora la del...—hizo un gesto al Dj y me temí lo peor.

Aquello era la bomba, “El baile del gorila” y mi hermana saltando como un mono delante de los amigos de Kiev, que no salían de su asombro y saltaban también con ella.

—Esta no la conozco—me dijo la dulce Paulette.

—Pues yo tampoco quisiera conocerla—le contesté—pero lo malo es que es mi hermana.

—Yo me refería a la canción—se echó ella a reír.

—¡Venga, primo que no se diga! —Carles era otro especialista en hacer el indio y parecía que lo habían sacado de una película de Tarzán y era primo hermano de Chita, en vez de mío.

—Yo no me lo he pasado mejor en una boda en mi vida—reía Julián, doblado en dos.

—Tú calla y baila—le decía Rebeca a su hermano.

La cara de Paulette era para enmarcarla y, cada vez que miraba a Rebeca para imitarla, esta se metía detrás de Carles, para que no viera nada.

—¡Que se joda la pija esta polaca! —la escuché decir entre dientes, sin entender ni media palabra.

La noche no había hecho más que empezar, pero apuntaba maneras. Menos mal que la bruja de la suegra ya se había ido, probablemente volando en su escoba, porque de ver aquello igual le hubiera entrado un síncope. Sí, podría ser, porque esa tenía pinta de que hacía mucho tiempo que no le entraba otra cosa en el cuerpo, a no ser que fuera medio kilo de pepinillos en mal estado, por su cara de agria...

No... No podía ser... Cuando escuché los acordes... *“Entre flores, fandanguillos y alegrías, nació mi España la tierra del amor...”*, supe que ya teníamos allí el “Que viva España” de Manolo Escobar. Un tanto piripi, comencé a mandarle besos a mi hermana.

—Lis, que viva España y que vivas tú, guapa...

—¡Ole la madre que nos parió, hermano! —chilló ella, correspondiéndome en lo de los besos...

Mortalita, así era... Me cogió de la mano y empezamos a hacer juntos el paseíllo y todo. Y, por si fuera poco, echó mano de un mantel y me indicó que le diera unos capotazos.

—Pero ¿qué dices, hermana? Tú estás majara...

—Tú sígueme el rollo, joder, que el de los cuernos va a ser Kiev como se escantille, pero sería muy descarado ponerlo a él de toro—me guiñó el ojo y mientras todos bailaban por Manolo Escobar, ella se puso los cuernos con las manos y entró al trapo.

—Quita, que tú no sabes ni torear ni nada—me dijo Carles y cogió él el “capote”, mientras mi hermana se emocionaba más y más.

—Tú vente para acá, que me gustan a mí los toreros—me soltó Rebeca, ¿también le gustaban los toreros?

—¿Torero? —preguntó Paulette mientras miraba la escena un tanto flipada.

—Los toreros, los toreros, que tienen muy buenos paquetes, empanada, que no te enteras de nada —le soltó Rebeca en español.

Vaya pique que tenía con la pobre Paulette, que la miraba con cara de no entender nada, claro...

Lo mejor del asunto es que a Kiev se le caía la baba con mi hermana y con sus ocurrencias.

—No sabe este lo poco que le va a durar el casamiento, mira que dentro de nada lo vemos como a la Zarzamora, llora que llora por los rincones—se tiraba al suelo de la risa Rebeca.

—¿La Zarzamora? —A Paulette se le trababa la lengua cuando quería repetir esas palabras.

—La Zarcamora sí, hija, que estás ahí como un lorito de repetición, qué cansina—se quejó Rebeca a la que le había dado por la pobre Paulette.

—Mujer, que va a pensar que le has pillado manía, a la chica es que le hacen gracia tus cosas—le dije un tanto apurado.

—Pues que piense lo que le salga de las narices, que por cierto yo la suya la veo como un caballete—se le quedó mirando de reojo.

—¿Qué dices? Si es una preciosidad—entre la borrachera que ya llevábamos todos y el coraje que parecía tenerle, Rebeca le buscaba los defectos donde Paulette no los tenía.

—¿Una preciosidad? Pues yo no lo veo, mira que lo mismo tiene música en el ombligo, pero que esta tiene de bonita lo que yo de monja—vuelta a la carga Rebeca, parecía que le habían dado cuerda.

—Oye, ¿no te parece a ti que tienes un poco abandonado a mi primo? Yo no es por nada, pero que ese se despista muy pronto, si yo fuera tú le echaría más cuenta...

—“Si yo fuera tú, si yo fuera tú” —repitió con toda la guasita del mundo— Tu primo está enfadado y yo no quiero gaitas....

—¿Enfadado? Pues yo lo veo de lo más animado, qué quieres que te diga.

—Pues te digo yo que ese está mosqueado...

Yo no sé si estaría mosqueado o no, pero lo que tenía claro es que debía tener la mosca detrás de la oreja, porque Rebeca mucha atención no es que le prestara, para decir.

—Pues corre un poquito para quitarle el mosqueo, anda, que no quiero yo tonterías esta noche...

En el fondo reconozco que Rebeca estaba de lo más graciosa, pero que tampoco se le había perdido nada a mi lado. Y que yo quería darle un poco de caña a Paulette y con Rebeca de carabina como que no molaba.

—Es muy simpática esa chica—me comentó la polaca cuando Rebeca salió andando en dirección a Carles con cara de pocos amigos.

—Es un poquito especial, sí—le contesté pensando que si ella supiera...—Y tú, ¿cómo eres? Háblame un poquito de ti, anda, que te he visto muy callada todo el día...

—Es que yo estoy trabajando, lo entiendes, ¿verdad?

—Pues no trabajes tú tanto, que aquí ya está todo el pescado vendido esta noche, anda. Además, yo algo mando, que soy el hermano de la novia y te digo que te relajes ya... que todo ha salido perfecto.

—Gracias, me he dado una buena paliza, pero creo que los novios están contentos—los miró y mi hermana empezó a lanzarle besos como a cañonazos, sin parar...—También es muy simpática tu hermana, siempre sonriendo—añadió.

—Es algo que viene de familia. Está mal que yo lo diga, pero tenemos una sonrisa seductora que no es cualquier cosa—le comenté.

—Y un poco de caradura, creo yo que tienes tú también—se rio ella.

—Corramos un tupido velo, qué he escuchado de una paliza, no me vayas a decir que no tienes planes para mañana...

Ya estaba yo intentando arrimar el ascua a mi sardina, que tenía a mi angelito malo diciéndome que no me podía ir de Cracovia sin empotrarme a aquel portento de mujer.

—En principio, teniendo en cuenta a la hora que voy a salir de aquí, yo había pensado pasarme todo el día durmiendo. Salvo que alguien me ofrezca un plan fabuloso que no pueda rechazar—murmuró.

—Define un plan fabuloso—ya se me estaba haciendo la boca agua solo de pensar en poder hacer planes con ella para el día siguiente.

—No sé, a ver, tendría que ser algo realmente excepcional, como llevarme a cenar a otra ciudad en... helicóptero—me soltó y me quedé un poco pillado.

¿En helicóptero? “Piensa, Nico, piensa”, me decía aquel angelillo rebelde, mientras que el santurrón del otro no paraba de repetirme “no seas fantasma, que luego te metes en líos”.

Vaya, el porculero del bueno me conocía demasiado bien, porque yo un poco fantasma sí que era.

—Pues no te lo vas a creer, yo tengo un helicóptero y casualmente está aquí en Cracovia—me lancé al aire sin paracaídas, que para eso hablábamos de helicópteros.

—Sí, y mi padre es el presidente del país, anda ya, eso es una trola—me contestó ella.

—Nada de trolas y mañana te lo demostraré. Tú dime la dirección en la que te tengo que recoger

para llevarte hasta el helipuerto y te sorprenderé...

Ya me había metido en un buen lío, si es que solo me faltaba la sábana y la bola con la cadena para ser de la casta de Casper... Pero no, era de la misma casta que mi hermana que seguía liándola parda y cada vez más. Ahora estaba bailando en plan meloso con Kiev, dándole balsita de la buena... Jodida cobista que era.

—¿Qué le estabas diciendo a la fulanita esta? —me preguntó Rebeca que venía como una bala con dos copas en la mano.

—¿Y a ti qué te importa? —le pregunté, pues vaya respeto de jefe que me tenía.

—Desagradecido y malaje eres, hijo, y yo que venía a traerte una copa... Ahora que vaya tu prima la coja a traértela, que esta se la doy a mi hermano—se fue más cabreada que un mico.

—Rebeca, tengamos la fiesta en paz, que hoy es día de bandera blanca—resoplé.

—Vete un poquito a la mierda y de paso te llevas a la pescadilla esa de Paulette, que esa sí que es blanca—me hizo una buena peineta.

—¡Otra de las mías! —salió mi hermana a su encuentro y las dos se pusieron como locas a bailar “*y si con otra, pasas el rato, vamos a ser feliz, vamos a ser feliz, felices los cuatro*” como si las hubiera poseído el mismísimo Maluma, aunque eso es lo que hubieran querido aquellas dos.

En un momento dado, Lis le hizo un gesto a Paulette para que se acercara, y las tres se pusieron a bailar de lo más provocativas. Kiev aplaudía, ese no sabía todavía lo que valía a un peine, pero estaba a tres meses de enterarse.

Sin parar de resoplar, Rebeca no hacía más que darle culazos a Paulette para intentar sacarla de la pista y mi hermana es que se tronchaba, pues tenía no una, sino unas cuantas copas de más.

—¡Ahora viene lo de quitarme la liga! —chilló, cuando hubo acabado la canción y Kiev la miró sin saber muy bien a qué se refería.

—¿La liga? —preguntó él con cara de lelo.

—Ven aquí, que te lo voy a explicar yo—le acarició la cabecita como si fuera un perrito faldero mientras nos miraba y decía en español, *“total, esto es lo más que va a catar este de mi cuerpo serrano”*.

Aguantar la risa en aquellas circunstancias era toda una proeza, menos mal que Kiev no hablaba ni papa de nuestro idioma, así que, sin tener pajolera idea de lo que la cabra loca de mi hermana había dicho, él le sonreía y accedía a todos sus deseos. Lis lo tenía en el bote, pero en el bote; más pardillo y no nacía, el pobre.

Con la música de “Nueve semanas y media”, mi hermana se lanzó y estiró la pierna, llamando a Rebeca para juntarla con la suya. A continuación, le hizo una seña a Kiev para que le quitara la liga y se la pasara a la otra, como soltera que era.

Si no hubiera sido porque sabía que no nos teníamos en ninguna estima, hubiera jurado que Rebeca me ponía ojitos en aquel momento, pero debía ser que el alcohol me estaba afectando ya a lo bestia.

Allá que iba Kiev con la mano, que le temblaba más que un flan, y mi hermana le dijo que nanai de la china, que tenía que hacerlo con la boca. No la había más jodida, estaba poniendo al chaval en la punta de la picota. Ese por muy rico que fuera, daba la impresión de haber sido un pagafantas,

porque no paraba de temblar. Vaya, que le ofrece un trío y tenemos que enterrarlo en las veinticuatro horas que marca la ley.

Todos empezamos a tocar palmas y pasó lo mismo que en la catedral, que los polacos no cogían el ritmo ni a tiros.

Mientras, el novio sudaba la gota gorda y, cuando por fin Rebeca se levantó ganadora, pues la tradición marcaba que la novia “contagia” así a las solteras para que sean las próximas, todos rompimos a aplaudir.

Kiev hizo por levantarse y entonces Lis le indicó que llevaba una segunda liga para Paulette, por lo que al ritmo de la misma insinuante música, la organizadora de bodas estiró aquella larga y estilizada pierna mientras yo tragaba saliva.

Entre vítores, ella también se alzó victoriosa y fue a darle un abrazo a Rebeca, pensando que ambas compartirían suerte.

—¿Dónde vas tú, *joer*? —fue la elegante respuesta que obtuvo, pues a Rebeca parecía que Paulette le daba alergia.

—¡¡Cuidadito que esto no ha terminado, que ahora viene lo bueno!! —chilló mi hermana y ya sabíamos que aquello no iba a ser cualquier cosa.

—Yo esto lo gravo por mi madre de mi alma—dijo Carles cuando vio la cara que se le estaba quedando a Kiev al comprobar que mi hermana iba a hacer un striptease en vivo y en directo, así, sin anestesia y sin nada.

—¡¡¿Dónde vas, loca?!! —chillé por encima de la música, tratando de parar lo imparable.

—No me seas aguafiestas, hermanito. Ven aquí y despelótate tú también—me contestó y yo pensé que como diría José Mota me iba a despelotar, pero *“hoy no, mañana”*.

Carles y Julián empezaron a silbar, mientras que yo no sabía si reírme o darle el pésame a Kiev, que ese sí que se había llevado el premio gordo y además iba a ser para nada.

Nada más que le faltó a mi hermanita resbalarse por una barra, porque vaya habilidad que tenía quitándose la ropa. Una vez se despojó del vestido, crucé los dedos, toqué madera y recé a todos los santos que conocía para que pusieran pie en pared y no llegara a verla como mi madre la echó al mundo.

Y sí, mis súplicas fueron escuchadas porque Lis se quedó en ropa interior, mientras Kiev se las prometía muy felices mirando el cuerpazo de la que ya era su mujer. “Lo verás, pero no lo catarás” —pensé y rápidamente me di cuenta de que lo había dicho en alto.

—¿Quién no va a catar qué? —Ya tenía otra vez a Rebeca como una mosca cojonera a mi lado, qué perra le había entrado a esta mujer.

—Mi cuñado, ya lo sabes...

—No, si aquí me parece que no nos comemos ninguno un rosco esta noche—se rio.

—Pues tú será porque no quieras, que yo tengo entendido que mi primo entra a matar que es un primor.

—Bueno, a ver si me vas a decir tú a mí también quién me tiene que dar una estocada—giró sobre sus talones y se fue indignada.

—Pero ¿qué puñetas se estaba cociendo en el ambiente? ¿Qué se había fumado Rebeca? Si yo solo había insinuado que se acostara con su novio... No si le parecía le iba a decir que se acostara con mi cuñado Kiev... Vaya cosas que tenía esta mujer.

Y hablando de Kiev, ese había entrado en shock y a lo mejor tenían que venir a recogerlo en ambulancia, porque no se le quitaba la cara de bobo que se le había quedado viendo el striptease de mi hermana.

—Ea, pues yo ya he cumplido como mujer. Este ya ha recibido todo lo que tenía que recibir por mi parte, para que no digáis que soy mala...

—Mala no, eres perversa, ¿de veras lo vas a tener a pan y agua todo el tiempo? —le pregunté.

—No, si te parece me acuesto con él, mira que tienes unas cosas...—se fue rajando. Encima, era ella la que no iba a consumir el matrimonio y todavía me iba a acusar a mí de tener ideas de bombero retirado, que la veía venir.

Con la lengua como un zapato y un dolor increíble en el cuerpo de no haber parado un minuto durante toda la noche, recibimos el chocolate con churros que nos sirvieron los camareros como si fuéramos náufragos.

—¿Vendrás a recogerme en helicóptero mañana? —me preguntó Paulette, incrédula.

—¿Qué dice esta de un helicóptero? ¿Se ha fumado un peta? —me preguntó Rebeca con cara de asco mientras tomábamos aquel desayuno con el que, quien más y quien menos, pretendíamos que se nos asentara el estómago.

—¿Oye tú estás al liquindoi como La Vieja del Visillo o cómo va esto? —le pregunté.

—Y tú estás muy misterioso—siguió engullendo con cara de malas pulgas.

Después de ponernos hasta las cejas, Julián, Carles, Rebeca y yo nos despedimos de los novios, para volver al hotel. Paulette acababa de irse y yo le recordé que la recogería a la noche siguiente.

—Y tú ten cuidado, no te vayas a quedar embarazada esta noche—le guiñó el ojo Rebeca a mi hermana mientras se alejaba con Kiev, en un alarde de maldad.

—Ten cuidadito tú, no vaya a ser que mi primo resulte un pichabrava y, la próxima vez, vayamos de bautizo—le respondió Lis, sacándole la lengua.



Capítulo 6

¿Quién era el bonito que encontraba un helicóptero un domingo en Polonia y encima de resaca?

Me pasaba por fantasma, pero es que así era yo y no podía evitarlo. Imaginaba la cara que pondría mi primo Carles, que para el dinero era más agarrado que una pelea de enanos, al ver hasta dónde era capaz de llegar yo por conquistar a Paulette.

Las dos de la tarde cuando miré el reloj, me puse a toda leche a llamar por teléfono y ¡Bingo! Conseguí un helicóptero ¿lo más sorprendente? Que entre las cosas que se podían personalizar se encontraba poner el hombre con unas letras metálicas que luego se quitaban ¡Mi nombre! Sr. Moretti ¡Casi nada!

Yo no iba a reparar en gastos. Me podía permitir un lujazo así y, ya que lo hacía, fardaría a lo grande, ¡qué leches!

Obvio que lo contraté, ese helicóptero con mi nombre, a lo Grey, con dos cojones; encima el piloto aparentaría conocerme, eso lo pagué en los servicios extras, así parecería el mío personal.

Poca duda tenía de que la iba a dejar flipada. A ver, que igual no era para nada una chica interesada, pero que a nadie le amarga un dulce y lo que yo estaba preparando era algo de otro

nivel. Además, tampoco es que pareciera especialmente modesta, porque era ella la que había sugerido que le ofreciera algo que poco tenía que ver con quedar a cenar en la hamburguesería de su barrio.

Encima añadí otro servicio más, claro ya que estábamos en el papel, un poquito más de clase, me iba a recoger un pedazo de Lamborghini en la puerta del hotel con chofer también, vamos ni en los mejores sueños de Paulette iba a pasar una noche como esta; eso sí, qué sablazo para mi cuenta, pero por derrochar de vez en cuando como que no pasaba nada.

Me tomé dos pastillas con un zumo de naranja y me metí en la ducha no sin antes haber encargado que me subieran una carne a la brasa con verduras.

Mientras el agua recorría mi cuerpo, yo trataba de visualizar cada uno de los pliegues del suyo. Menuda mujer que traía entre manos; no solo preciosa, sino con un cuerpo de portada de revista, y encima con un halo enigmático que me chiflaba.

Siendo sincero, estaba deseando conocerla en toda su extensión, y cuando digo en toda su extensión me estoy refiriendo a más allá del físico, aunque descubrir a qué sabía su piel estaba entre mis prioridades, eso por supuesto.

Me quedé un rato bajo el agua, esa sensación aliviaba el dolor producido por el martillo que taladraba mi cabeza, pedazo de resacón, ni el de Las Vegas fue tan gordo como este.

Siempre me pasaba igual, juraba y perjuraba que la próxima vez iba a controlar más con la bebida y, al final, más de lo mismo. Y si tenemos en cuenta que lo que habíamos celebrado la noche anterior era la boda de mi hermana, todavía escapé bien, que la borrachera podía haber alcanzado proporciones épicas.

La comida no tardó en llegar y me senté a disfrutarla, mis amigos estaban repartidos en dos

habitaciones, así que ese día pude comer relajado.

Cuando estaba de resaca me quedaba mudo y suerte que no tenía que aguantar a esa panda de gandules aquel día; empezando por Rebeca, que esa sí que sabía sacarme de quicio a conciencia, si bien tenía que reconocer que la noche anterior hasta me había reído bastante con ella.

Un rato después me eché y puse la alarma del móvil una hora antes de la pactada para recogerme, necesitaba coger fuerzas, precisaba dormir más.

Cuando por fin sonó yo no sabía ni en qué mundo estaba. Por no reconocer, no reconocía ni la habitación del hotel. Joder, menos mal que no nos habían dado garrafón, pero el vodka ese tumbaba a un muerto y yo estaba destinado a padecer sus efectos durante unas cuantas horas más.

Me costó la vida levantarme de nuevo, fue algo lento, como si estuviera en otra dimensión; como si mi cuerpo fuera por un lado y yo por otro, cómo que tenía una resaca que me iba a durar una semana...

Luego pensé en las dulces facciones de Paulette y se me comenzó a pasar. Vaya si había sido casualidad que la chica en la que me fijé nada más llegar a Cracovia fuera la organizadora de la boda de mi hermana. Ni que Cracovia fuera Villa Rebusno de Arriba y tuviera cincuenta habitantes.

Tocaba comenzar a vestirme y dejarme de tanta reflexión. Por fortuna ya me encontraba mejor y lo sugere del plan que tenía por delante aquella noche también ayudaba, que todo hay que decirlo.

Un pantalón vaquero estrecho, un polito, blanco, una cazadora beige y listo para montarme en el Lamborghini que brillaba desde abajo del hotel.

Nos dirigimos hacia la ubicación que me había mandado y allí estaba ella en la puerta, guapísima con esos jeans ajustados y esas botas altas de piel en color marrón, una camiseta azul marino y una cazadora del color de las botas, impresionante, toda una belleza.

Nos saludamos sonrientes, se sentó conmigo detrás y me miró con esa cara angelical pero incrédula a cuanto se presentaba ante sus ojos. Le hice un gesto de cariño en su mano para que se tranquilizara; parecía tan frágil, delicada e inocente que hasta daba cosilla suponer que podía estar un poco avergonzada.

El camino al helipuerto se llevó a cabo en silencio, entre miradas y caricias en las manos. Poca falta hacía que hablaran nuestras bocas cuando ya lo hacían nuestros ojos. Qué lujo que una mujer así me mirara como aquella lo estaba haciendo. Aunque para miradas la mía, que sentía la necesidad de degustarla lentamente como se hace con el sobrante del helado alrededor del cucurucho.

Cuando vio el helicóptero con mi nombre hizo un gesto de alucinar que fue digno de grabar, su cara lo decía todo. La agarré de la mano y la ayudé a montarse.

Comprobé que no solo era risueña, sino que gesticulaba tela, poniendo mucho énfasis en todo. Y ese rasgo suyo hacía que me atrajera todavía más poderosamente, si es que eso era posible.

Su sonrisa, su perplejidad mirando desde arriba y esa cara de estar disfrutando ese momento, me hacían sentir que había merecido la pena regalarle una noche así; no precisamente barata, sino escandalosamente cara, pero ¿para qué servía el dinero si no era para sacarle el máximo partido en la mejor compañía?

El helicóptero aterrizó dentro de una parcela gigante con una casa espectacular, entera de cristal con unas vistas impresionantes. Se trataba de la mansión que yo había alquilado para esa noche y en la que ya nos habían dejado una exquisita cena preparada junto a un exclusivo vino.

—¿Es tuya la casa? — preguntó cuando bajamos del helicóptero.

—Claro — sonreí, qué más daba ya una casita después de fingir tener un helicóptero.

—Espectacular, es divina, increíblemente divina — se puso las manos en el pecho, algo que estaba deseando hacer yo también... ¡Qué cuca!

Y es que el pecho de Paulette no era precisamente cualquier cosa, sino que sus generosas formas se adivinaban a través de una fina película de tela a la que yo estaba deseando decir adiós.

Cuando vio la cena sobre la mesa del comedor de la cocina a un lado del salón y una impresionante terraza, se quedó boquiabierta, al igual que yo, pero claro, tenía que disimular.

La casa era diáfana y todo en abierto, menos el baño. La sensación de amplitud era magnífica y el acompañamiento perfecto para una noche que se me antojaba de cine.

Nos sentamos a cenar y comenzó a contarme un poco de su vida, tenía la empresa de organizadora de bodas y era feliz con su trabajo. Hasta ahí podía leer, porque de su vida personal no decía nada, tampoco me preocupaba, me gustaba ella, tenía algo especial.

También entendía que aquello no era el confesionario de “Gran Hermano” para que la chica tuviera que abrirse en canal conmigo de buenas a primeras. Ya suponía yo que me daría más información cuando me fuera conociendo y se sintiera más cómoda en mi compañía...

Me encantaba su sonrisa, era preciosa, al igual que su dentadura, de un blanco radiante... Y ese brillo en sus ojos, era todo el conjunto, además tenía ante mí a una persona especial pero natural, nada llamativa, brillaba por sí sola. Sin artificios, un prodigio de la madre naturaleza.

Charlamos mientras cenábamos y luego serví dos copas y nos fuimos a la terraza; ella se apoyó sobre el barandal para disfrutar de las vistas, de la brisa, y yo... Yo me puse atrás y apoyé mi cabeza en su hombro, una de mis manos la rodeó y la otra la tenía apoyada sujetando la copa.

—¿Te gusta lo que ves? — murmuré.

—Me gusta lo que siento en estos momentos...

—¿Y que sientes? —me apetecía recabar algo más de información, Paulette me estaba atrayendo más de lo que yo mismo habría pensado en un primer momento.

—Paz, relax, armonía...—me contestó en aquel tono pausado que invitaba a perderte en él.

A ver si al final se me iba a quedar dormida, vaya por Dios.

—¿Solo eso? —por Dios que hubiera más, que yo quería que su cuerpo le pidiera salsa...

—Sentir eso es sentirlo todo, sentir el momento, el entorno, la compañía...

Verás que al final era filósofa también, o poeta, vete tú a saber...

—Ah vale, ya me estaba asustando — bromeé.

—No — se giró riendo y quedamos uno frente al otro, pero se llevó la copa a sus labios

sonriendo.

—Me acabas de hacer la culebra — dije en mi idioma y me miró arqueando la ceja — Nada, nada, cosas mías.

—Bueno, lo dijiste en voz alta—repuso.

—A veces hablo para mí en voz alta, tengo un problema con eso — le tiré un pellizco en el cachete, con cariño, con suavidad... Todo muy natural, no deseaba forzar absolutamente nada, sino que lo que hubiera de surgir entre nosotros fluyera a su ritmo.

—Si yo te dijera que es la última noche que vas a pasar conmigo ¿te seguirías interesando la idea de dormir juntos? —preguntó, en lo que me pareció un sugerente juego. Y a mí, si algo me gustaba, era jugar...

—¿Lo será? —pregunté enarcando una ceja.

—Trátame como si lo fuera — me dio un beso en los labios y se apartó riendo.

Sonreí, pero eso me había dejado rayado, más que nada porque no sabía si eso de la última vez iba en serio y en segundo lugar por si lo hacía por disfrutar de una noche de pasión desenfrenada ¡Cualquiera lo descubriría!

Aparté la copa de su mano y la dejé apoyada junto a la mía, la agarré por la cintura y la besé...La besé porque si era nuestra primera y última noche no quería perder ni un minuto del tiempo; la besé porque lo deseaba desde el momento que nuestras miradas se cruzaron en aquella cafetería, y la besé porque era lo que más necesitaba en ese momento.

Al mismo tiempo que lo hacía, le pedí a ese aliado en que en ocasiones se convierte el universo, que ella deseara recibir ese beso tanto como yo depositarlo en sus labios...

Y noté cómo había algo más allá de lo común en aquel intenso y dulce beso, pues así lo sentí... Algo que podría calificarse de mágico... y a mí la magia como que me podía.

De los besos pasamos a las caricias, a deshacernos de la ropa, a tirarnos en el sofá con nuestros juegos, con nuestras sonrisas, con esos deseos que cada vez se dejaban entrever más.

En cuestión de segundos pude notar el tacto de su piel sedosa que parecía clamar que la traspasara, que llegara más allá de lo que una simple caricia podía hacerlo... Y si aquella piel me lo estaba pidiendo, ¿quién era yo para negarme?

Hacerlo con ella suponía visualizar una mezcla de inocencia y salvajada, así mismo; a veces me parecía una fuera de serie en ese ámbito y otras, que deseaba que la envolvieran y protegieran; una sensación extraña pero muy llamativa.

Paulette me resultaba cada vez más enigmática y yo me moría por hacer míos los secretos de una mujer a la que todo indicaba que iba a conocer en profundidad y de manera inminente.

Llegó el momento y, hacerla mía, podría decirse que fue equivalente a rozar el cielo con las manos. Entrar en Paulette supuso para mí mucho más que un reto. Yo no quería ponerla en mi lista de conquistas como un trofeo más, yo iba a pelear porque el hecho de conquistarla tuviera más que ver con un arte en sí mismo. Y así estaba siendo... aunque quizás todo quedara en una noche.

Tras hacer doblete la eché sobre mi pecho y le besé la frente, ella sonrió acurrucándose conmigo. No era un gesto demasiado mío, pero ella tampoco era una mujer más de las que habían pasado por mi cama, yo no quería pensar eso. Lo vivido era demasiado idílico para tratarse de un visto y

no visto, de unas horas contadas, de un si te he visto no me acuerdo al día siguiente...

Así amanecimos esa mañana de lunes donde repetimos la jugada, su cuerpo era lo más apetecible del mundo, su sonrisa... esa en la que no quería dejar de perderme.

Hubiera sido una verdadera pena no dejar entre aquellas cuatro paredes el recuerdo de un festival de gemidos que ya atesorábamos en nuestros corazones, como parte de ese patrimonio que suponen los recuerdos de las grandes noches de nuestra vida; esas en las que los amantes son los protagonistas.

Nos levantamos y preparé el desayuno, bueno ahí estaban el pan, cafetera y todo a mano, parecía mi casa, ya me había estudiado bien la jugada, así que le hice un completo... y ahora me refiero al desayuno.

Y yo no me quería ir de Cracovia, así que le propuse volvernos a ver esa noche y...

—Estoy casada — respondió dejándome a cuadros.

—¿Estás bromeando? — contesté totalmente desconcertado. Menuda cara de soplagaitas se me debía haber quedado.

—No, mi marido es piloto y regresa hoy de un vuelo intercontinental—me contestó como quien lava y no enjuaga. ¡Vivir para vivir!

Me cayó como un jarro de agua fría ¿Casada? ¡Mi puto Karma! —Me sentí desgraciado a tiempo completo, ¡menudo pringado! Con la que había organizado a lo magnate saudí...

Un silencio se hizo entre nosotros, pero solo la conocía de hacía unas horas así que eso de montar un pollo, reventar o cualquier cosa similar no estaba en el menú de posibilidades.

Vaya, vaya con el karma... Obvio que yo estaba demasiado bien acostumbrado, normalmente era a mí a quien no me duraban las mujeres... Y ahora había dado con la horma de mi zapato; Paulette acababa de dejarme fuera de juego con una sola frase.

Y si estaba casada ¿Qué hacía conmigo ahí? ¿Acaso no era feliz? Mira ni lo sabía ni me importaba, estaba claro que eso se iba a quedar para nosotros y que lo habíamos pasado de lujo, me encantaba...

Si algo bueno tenía yo era mi capacidad para cambiar de chip. Si había jugado conmigo, al menos ambos nos habíamos llevado una alegría para el cuerpo de padre y muy señor mío. Seguro que en eso me daría la razón mi primo Carles que ese sí que entendía la vida. Aunque ahora quien no le entendía era yo a él y a su empeño de unir su vida a la de Rebeca, ¡menudo lío!

Volvimos en el helicóptero y, al aterrizar, un coche nos llevó hasta donde Paulette indicó. Un punto distinto a aquel en el que la recogí, aunque algo me decía que no vivía ni en un lado, ni en el otro. Se bajó dándome las gracias con toda la frialdad del mundo ¿Dónde había quedado esa Paulette con cara angelical?



Capítulo 7

Llegué al hotel y me encontré en la terraza de la calle a los chicos.

—¿Qué tal lo pasaste? — preguntó Carles con esa sonrisita malvada.

—Necesito tres cafés más y eso que he desayunado — dije sentándome — desde luego que este viaje no se me va a olvidar en la vida, entre la boda surrealista de mi hermana y lo que me pasó con Paulette...

—Cuenta, cuenta, pero esa tiene una pinta de listilla.

—Rebeca — protesté riendo.

—Te digo la verdad, las mujeres tenemos una intuición que a los hombres os falta.

—Eso sí es verdad, te doy la razón.

—¡Qué raro! — exclamo Julián causando una risa en todos — Por cierto, mira quién viene por

ahí.

Mi hermana, venía mi hermana andado como si estuviera en una pasarela, bolsas por todas partes en las manos de buenas firmas, vamos que esta venía de exprimir los regalos de la boda o vaciar la cuenta de su ya marido.

—Qué duro es ser la mujer de un médico, es agotador, llevo desde las diez de la mañana de tienda en tienda para que no me falte de nada en mi luna de miel — se sentó dejando las bolsas a un lado.

—¿Follaste? — le preguntó Rebeca sin rodeos.

—Qué va me vino la regla — sonrió con maldad.

—Pues el chico tiene su morbo.

—Pues tíratelo tú, bonita, así de paso me lo dejas satisfecho tres meses — volvió con esa sonrisita descarada.

—Hermana ella si se tira a alguien es a Carles — reí.

—Ya quisiera él — respondió con descaro.

—Es su pareja, que mínimo.

—No soy su pareja — intervino Rebeca causando una risa en Carles.

—Pues si no eres su pareja ¿qué pintabas en la boda de mi hermana?

—Le soborné para que me trajera de acompañante, me iba a aburrir allí mucho mientras vosotros lo pasabais bien, además yo quería ser una de las afortunadas de la empresa que viniera a esta boda — me sacó la lengua.

Miré a Carles y levantó un poco sus manos.

—Decidme que eso no es cierto...

—Mira sus caras, anda que no lo es — dijo Lis mientras Julián lloraba de la risa y le pregunté si lo sabía.

—Sí, si — reía.

—Tienes un primo muy cabrón que se deja sobornar por todo — respondió mi hermana mirándolo sonriente.

—Tú calla que contrataste una puta para que entretuviera la estancia de tu hermano — soltó Carles y una lucecita se me vino.

—¿Qué puta? — pregunté y vi que Lis miraba al cielo. Me puse la mano en la frente — Dime que Paulette...

—No, no es organizadora de eventos, es chica de compañía de alto standing y, si le gusta el producto, por un extra se lo folla — me respondió sonriendo.

—Tú sabes que yo te mato ¿No? — ahora entendí lo de la cafetería, que se sentara cerca y esas

miradas... ¡Mataba a mi hermana!

—Y tú pasando de mí toda la noche y resulta que era la mejor que había en la boda — dijo Rebeca haciéndose la digna.

—Calla, calla que tú también tienes delito ¡Me vais a volver loco! — reí negando, estaba alucinando con toda la movida que se había creado a mi alrededor esos días y es que yo era un imán para atraer temas de esa calaña.

—Bueno yo creo que ya mañana deberíamos de volver todos — dijo Carles sin parar de reír.

—Sí, además como están los billetes abiertos deberíamos de coger ya la plaza.

—Yo me pido al lado de mi jefe — dijo Rebeca emocionada frotándose las manos y la miré negando, si en el fondo hasta me estaba comenzado a caer bien.

Una puta, una casada por conveniencia, una loca que chantajeó para venir a la boda ¿Qué más me tenía deparado el futuro?

Preparamos todo para el día siguiente y luego salimos a comer a un restaurante de la plaza. Yo estaba flipando en colores, no daba crédito a lo de Paulette, con razón me dijo que estaba casada; los cojones, eso era para que no le diera más la brasa.

Mi hermana seguía con nosotros ya que llamó a Kiev para decirle que lo vería por la tarde, desde luego que se moría por verlo, se notaba de lejos...

Nos sentamos todos en una terraza, pedimos unos vinos, un poco de comida diversa para compartir y a asimilar todo lo que me había sucedido en ese fin de semana.

—Lo mejor de la boda era la cara de tu suegra — A Rebeca le gustaba meter el dedo en la llaga.

—Mi puñetera suegra por tres meses, cuando esto acabe voy a ir a verla y solo le voy a hacer un corte de mangas.

—Hermana...

—¡Calla putero! Que te las tiras de pago.

—Te juro que te daba una colleja que te metía la cabeza en la copa y te ahogaba — bromeé riendo, pero vaya cruz me había caído con la niña.

—Ten cuidado, que todavía te mando dos travestis y te la cuelan, así que no me tientes.

—No — intervino Rebeca — No le mandes nada que ya de este me encargo yo.

—¿¿¿De mí???

—Vas a pasar de que yo te caiga mal, a que sea el amor de tu vida.

—Bebe, te hace falta — reímos todos.

—O sea, te vas con una putilla y a mí me hace falta beber para enamorarte, desde luego que te las buscas solo.

—Hermana, piensa que tener a mi socio de cuñado...

—Calla, Julián, calla y no provoques que ya hemos agotado todas las sorpresas que nos podía deparar esta ciudad, así que todos calladitos y tengamos la fiesta en paz y lo que pasó en Cracovia se queda aquí.

—Yo sí que me voy a quedar aquí con mi supuesto maridito — sonrió Lis.

—No sé cómo te la vas a apañar tres meses para no tener relaciones — negué.

—Una cosa, ¿tú sabes que por no tener relaciones conyugales os pueden anular el matrimonio?

—Rebeca no me digas eso por Dios, que me veo en pelotas haciéndome la muerta para que él consume.

—Hija, pero échale ganas, el tipo es resultón.

—Pues a mí no me gusta, pero vamos que mi boda no la anulan, si me lo tengo que tirar, me lo tiro.

—¿Podemos hablar de otra cosa? — resoplé.

—Si, que tú hoy vas a dormir conmigo — soltó Rebeca.

—Pero ¿qué he hecho yo para merecer esta cruz?

—Ah yo soy una cruz y la puta es la Virgen María ¡Desde luego!

—Madre mía, vaya comida, no tuve bastante con la información de la boda, que encima luego me lo voy comiendo de dos en dos y sin buscarlo.

—Pero vamos que te acostaste con una puta, peor que eso no hay nada.

—Rebeca, come — le señalé al plato para que se callara.

—Mi hermano el putero — soltó Lis causando una risa a todos.

—Yo putero, pero tú estás con un hombre por interés, así que te callas un poquito, bonita.

—Por el interés te quiero, Andrés.

—Efectivamente — la miré negando, sonriendo, en el fondo la adoraba e, hiciera las locuras que hiciera, era mi querida hermana.

Rebeca no me dejaba en paz, se pasó toda la comida dándome a probar cosas con su tenedor y yo le decía que no; pero lo metía por huevos, para cabezona y pesada ella. Eso sí, ya no me caía tan mal, no sabía por qué, ni en qué momento llegó el cambio; pero no me parecía insoportable. Eso sí, hartible un rato largo, aunque me hacía reír, al final le iba a coger hasta cariño.

Paseamos toda la tarde y nos despedimos de Lis después de cenar; quedamos en vernos en España, ya que después de la luna de miel nos visitaría con la excusa de un papeleo para pasar una semana allí. Pobre Kiev, no sabía dónde se había metido, eso era lo que se me pasaba por la cabeza, la de cosas que le esperaban durante esos tres meses...

Regresamos al hotel y Rebeca se agarró a mi brazo viniéndose directa a mi suite y diciéndole a Carles que le trajera sus cosas, otra con un morro que se lo pisaba.

—Anoche le tocó dormir contigo a la puta y ahora me tocó a mí — sonrió.

—No la llares así — reí negando.

—Espera, si quieres la llamo ministra — negó agarrando la maleta que le trajo Carles y que ella ya tenía preparada y cerró la puerta sin decir ni adiós, ni gracias a mi primo.

—Cámbiate y te vas al sofá a esperarme, que te traje una sorpresa.

—¿Y a mí por qué?

—Cámbiate y calla, que eres más pesado... — se metió en el baño.

Me puse un pantalón de pijama y una camiseta blanca, me senté en el sofá a ver la sorpresa que me daría esta y vaya si me lo dio...

—¿Esperas a alguien? — preguntó avanzando hacia mí, como una modelo, con esos taconazos blancos y un body interior de lo más...

—Rebeca... — sonreí carraspeando y nada, se sentó encima de mí de cuclillas enfrentando nuestras caras.

Me había quedado helado, tenía un cuerpazo, entradita en carnes como a mí me gustaban... pero no, con ella no podía ser, nos habíamos llevado mal de siempre, ni en mis peores sueños...

—¿Algún problema? ¿Te tengo que cobrar para que me aceptes?

—Yo jamás pagué a nadie — reí advirtiendo.

—Puedes poner tus manos en mis caderas, no te voy a pegar — sonrió con esa cara de inocente de no romper un plato e iba a romper la vajilla entera.

Y sí, puse mis manos en sus suaves y tiernas caderas, vaya tacto, cómo me gustaba esa piel... a decir verdad, me gustaba demasiado lo que estaba palpando y tocando.

Normal que luego me llamaran mujeriego, si es que me liaba yo solo, tenía un imán para las travesuras que no era normal...

Y claro, una mirada, un tacto, una sonrisa, dos pechos cerca de mi cuerpo y... La besé.

En ese momento volví a tocar el cielo con las manos, pero más. Las comparaciones son odiosas, pero si lo de la noche anterior me gustó, esto me causaba otro tipo cosquilleo; uno que hacía demasiado tiempo que no sentía y con el que, sorprendentemente, me reencontré.

La cogí en brazos tal como estaba y me la llevé a la cama, la dejé recaer con cuidado y me puse a un lado de ella, los dos mirándonos cara a cara, mientras yo la agarraba por la cintura.

—No va a pasar nada hoy — le dije lo que me salió del corazón — Vengo de acostarme con alguien y no quiero que esto sea igual o la continuación de una noche salvaje. No obstante, quiero

que sepas que mañana nos vamos para España y estoy dispuesto a quedar contigo y que pase lo que tenga que pasar ¿Te parece? — Después de decirlo hasta me asombré de mí mismo, pero es que hablaron mis sentimientos y no mi bajo cerebro.

—No me pensaba acostar hoy contigo, solo quería que vieras el producto que ayer desestimaste por irte con una chirimoya pasada — sonrió y me dio un beso en los labios, luego se dejó caer en mi pecho.

—Ayer pensaba que tú y mi...

—Da igual lo que pensaras, te ibas a ir con ella de todas formas, ibas como un perro sediento detrás de la polaca — volvió a besarme y agarré su nalga y la pegué bien a mí y luego la tapé con la sábana.

Nos quedamos así dormidos, abrazados y me gustó esa sensación, demasiado diría yo...

Desperté con su olor y su cuerpo bien pegado, mientras besaba mi mejilla constantemente, de forma juguetona, y me giré para que me cayera un beso en los labios.

Lo hizo y no tardó en ponerse encima de mí, notó mi miembro que se vino arriba y sonrió, su cara y la mía estaban a centímetros...

—Creo que el campamento se te vino arriba — decía jugueteando a besarme toda la cara.

—Y lo peor de todo es que creo que no tiene intención de bajarse.

Metí mi mano en su nuca y la pegué contra mi boca, con mi otra mano me agarré a su nalga y

apreté, quería que notara bien mi miembro, quería que sintiera esa sensación de deseo que ella ya había provocado en mí.

Y se incorporó para sentarse de cuclillas sobre mi pene, comenzó a moverse mientras sonreía y se agarraba el pelo...

Comencé a bajar una minúscula cremallera de su body y aquello fue dejando en libertad aquel cuerpo, aquellos pechos que hacían las delicias de mi vista... Ella me ayudó a desprenderse de él por completo quedando desnuda ante mí, menos mal que íbamos a esperar a España... ¡En fin!

Dulce como el azúcar, así lo hicimos, nada de sexo desenfrenado, aquello nos llevaba a un momento deliciosamente cálido; raro en mí pero es que Rebeca me provocó una sensación de cariño y delicadeza que no me sentía desde hacía mucho y eso que hacía cuatro días la tenía atravesada ¿A qué estaba jugando Cracovia conmigo? Aquella ciudad desde luego que la iba a recordar toda mi vida...

Nos subieron el desayuno, que tomamos de forma precipitada, el vuelo salía en breve y un coche nos esperaba a los cuatro abajo.

La sonrisa de los chicos al ver a Rebeca de mi brazo mientras yo cargaba las dos maletas no tenía precio, además que ella ponía gestos con sonrisas que ya lo decían todo. Al fin y al cabo, ya que más daba que supieran lo que pasó o no en la habitación, si para todo lo que había dado de sí Cracovia, era lo de menos.

Durante el vuelo obvio que se sentó a mi lado e inclusive se quedó dormida en mi hombro mientras yo le acariciaba la mano y recordaba aquella locura de viaje que no iba a olvidar en mi vida, desde luego que ni planeando algo así me hubiera imaginado todo lo que aquella ciudad me depararía.

Me gustaba esa sensación de tenerla sobre ese vuelo que nos traía de vuelta a nuestro país, a

nuestras vidas, pero con la historia cambiada...

Había descubierto una Rebeca que estaba a años luz de ese primer contacto que tuvimos hace años y que nos hizo entrar en un bucle de no caernos bien ¿Por qué? Ni nosotros mismos sabíamos definirlo, pero ahora el efecto había sido justo el contrario; como un soplo de aire fresco que llegaba a nuestras vidas y me gustaba esa sensación, así lo podía describir yo.

Aterrizamos y los chicos se fueron en un coche, Rebeca se vino conmigo en un taxi a pasar el día a casa, o como ella decía, ya vería si se iría, ya que estaba de vacaciones y yo me veía cogiendo el resto de la semana ¿Acaso no me las merecía? Pues claro que sí, siempre trabajaba más de lo que debía y ahora era momento de disfrutar de ella, de vivir este momento que me estaba endulzando la vida. Y es que detrás de ese mujeriego, siempre quedaba una parte de romántico, esa que la menos esperada me había conseguido sacar como por arte de magia.

Llegamos a mi ático y ella salió a la terraza, el sol lucía radiante, estaba preciosa bajo ese vestido color rosa, suelto y corto, con un cinturón que le hacía unas caderas de lo más sensuales.

Le puse una copa de vino en la mesa y ella me pidió un beso con un gesto de labios en plan morritos. A mí, bueno a mí me hubiera pedido en ese momento que le hiciera “El baile del gorila” en pelotas y también se lo hubiera hecho.

Preparé algo de comida mientras la observaba en la terraza tomando el sol sobre esa silla, estaba cómoda y a mí me gustaba que se sintiera así.

Eran las cuatro de la tarde y la barriga nos rugía, de modo que devoramos esa ensalada de pasta y unos filetes que cociné empanados y que ella no paraba de decir que estaban riquísimos.

Tras esa comida nos fuimos al sofá y nos echamos uno encima del otro para descansar un rato, aunque ella durmió durante todo el vuelo, pero por lo visto era de sueño rápido y no tardó en quedarse dormida.

Y desde ese momento cambió todo en nuestras vidas....



Capítulo 8

Un año después...

Las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos al ver a mi flamante prometida bajar del coche de caballos, tan preciosa con su vestido de novia, a escasos minutos de darnos el sí quiero en unos de los jardines más románticos de la costa preparado para celebraciones.

Caminaba hacia mí del brazo de su hermano Julián, siempre dijo que él la llevaría al altar, a mí me llevaba mi hermana.

Unas cien personas nos acompañaban ese día, todas inmensamente emocionadas con el enlace.

—Estás preciosa — dije entre sollozos de la emoción.

—Para ti, para que ninguna puta se vuelva a interponer entre nosotros — murmuró a mi oído y todos me miraron al escuchar la carcajada que me salió.

Rebeca sonreía disimulando, pero yo es que no podía con ella. Me encantaba esa espontaneidad y aunque soltaba cosas que no eran bonitas, en su boca sonaba gracioso, al menos a mí me hacía soltar muchas risas.

La ceremonia mirando al mar, una pasada, fue rápida y emotiva. Antes de terminarla, después del sí quiero, cogí el micro y le dediqué unas palabras.

—Eres y siempre serás aquella grata sorpresa que la vida me tenía preparada. Eres la única que fue capaz de sacarme de esa vida donde no veía más que el cuerpo de una mujer, donde ahora veo el alma... Y me quiero quedar acariciando la tuya.

—Eso ahora haz que se me corra el rímel con lo guapa que estoy — dijo secándose las lágrimas con el pañuelo que le dio su hermano.

—Yo haría que se te corriera otra cosa, pero ahora no es el momento — murmuré a su oído echando el micro hacia atrás y consiguiéndole sacar una preciosa carcajada, luego miré a todos — Quiero deciros que dicen que viajar te cambia la vida, yo puedo decir que un viaje me la cambió y nunca imaginé hasta qué punto. Hoy me siento el hombre más afortunado del mundo al estar con ella, con una mujer respecto a la que nunca alcanzaré a saber lo que pasó, pues era la chica que más detestaba del mundo y miradla, ahora es el motor de mi vida.

Todos aplaudieron y ella me abrazó llorando como si no hubiera mañana, mi Rebeca, mi adorable ya mujer.

Nos fuimos a la zona del jardín donde estaba todo preparado para el evento, un lazo que debíamos de cortar y un pasillo de camareros... Al fondo Kiev con dos copas de champagne y una botella, él quería ser el que nos las entregara.

Sí, Kiev, no habéis entendido mal, un año después. Y es que entre ellos no hubo divorcio, pues mi hermana unos días antes de cumplir los tres meses se dio cuenta de que era el amor de su vida. Para matarla, pero así fue y así le contó toda la verdad, tras lo que él la perdonó sin dudarla, diciendo que al menos tenían un final feliz y es que ese hombre la amaba.

Le explicó todo lo concerniente a su boda, esa que los polacos asistentes recordaron como la más movidita y divertida, culpa de mi hermana por liarla parda; pero él al entenderlo todo se rio, en el fondo tenía un corazón que no le cabía en el pecho.

Mi cuñado era una joya y yo le había cogido mucho cariño. No así a su madre, que ahí estaba en la boda mirando de reojo a mi hermana con una cara de mala hostia de esas que te echan hacia atrás.

¿Y qué canción dio paso a nuestra llegada al convite? Pues por petición de mi mujer una que dice así "*Felicitá*" de Albano y Romina, casi nada, otra como mi hermana para las cancioncitas. Y todos los invitados tocando las palmas lentamente a ritmo de la canción y además cantando mientras nosotros levantábamos las copas.

Si os digo la verdad, no pudo haber mejor canción, ver a todos a la vez cantando y moviéndose lentamente hacia los lados, fue un momento mágico, y además felicidad, la palabra que nos describía mejor en esos momentos.

Eso sí, la suegra de mi hermana solo movía la cabeza para mirar a todos con cara de asco, a esa mujer no había manera de hacerla feliz.

Nos sentamos en la mesa principal con mi hermana, su marido y los padres de Rebeca y su hermano Julián.

Los invitados en mesas redondas, todos gritando continuamente el consabido ¡vivan los novios!

Y Rebeca amenazándome con que ni se me ocurriera coger el micro, lo que estaba claro es que a mí me podía frenar, pero a mi hermana...

Agaché la cabeza y aguanté el reírme al ver a Lis con el micro en la mano y pidiendo atención, Rebeca soltó el aire por la boca y dijo...

—Verás la que lía la muchachita — ahí tuve que echarme a reír, pero me frené como pude para escuchar esas palabras que iba a soltar mi hermana por su boca.

—Yo como hermana del novio y cuñada de mi ya hermanita Rebeca, quiero contaros un titular de esta boda. No soy periodista, aunque me hubiera ido muy bien en ese mundillo... Pero bueno, centrémonos en estos dos energúmenos que acaban de joderse la vida, en el buen sentido de la palabra — la gente lloraba de la risa y Rebeca cada vez resoplaba más — Pues eso, una historia de amor puede nacer en un cine, en una oficina, en un bar, en un hospital, ahogándote en una piscina... Y luego existen otras historias que merecen titulares — hizo un gesto con su brazo a modo de cartel — “Una boda por conveniencia, una puta, un sobornado y la bruja”, ese sería el titular — hostia, ni la suegra se libraba y mi mujer ya iba hiperventilando — no hablo de hoy, hablo de todos esos elementos con los que comenzó esta historia de amor. Así tal cual, tuvieron un combinado que ni en las mejores películas de Hollywood, pero aquí los tenéis llenos de felicidad. Ese titular es de hace un año y supuso el principio de muchos aniversarios que presagio que serán bonitos y llenos de eso que hoy irradian, el amor — menos mal que lo estaba solucionando, de lo contrario a Rebeca le daba un chungo. La gente aplaudía y vitoreaba y mi mujer oraba en voz alta porque Lis soltara el micro.

Fue un día precioso, el baile lo iniciamos con Kiev y Lis, que decían que se merecían uno también real, pues su boda había sido todo un cachondeo. Así que comenzó a sonar la música y agarré a mi flamante esposa, lo mismo que hizo mi cuñado; agarrar a su mujer y bailar a ritmo de Bon Jovi y su balada “*Always*” casi nada, esa la escogí yo, ya me tocaba escuchar algo en condiciones.

Y así fue como culminamos aquella locura que comenzó en Cracovia y terminó instalándose en nuestros corazones para toda la vida, pues eso era lo que deseaba, toda una vida junto a ella...



Epílogo

3 años después...

—Mano...—solo de escucharla llamarme así ya sabía yo que Lis venía más nerviosa que un calvo en un certamen de Pantene.

—¿Qué te pasa, mana? —le di un beso y un fortísimo abrazo. Estaba deseando que aterrizara.

—Que si ves a bajar a la momia de Tutankamón del avión no te preocupes, que es mi suegra, no vayas a asustarte...

—Pero ¿viene con féretro y todo? —me eché a reír porque no había más que verle la cara para saber que estaba rabiando.

—No, no caerá esa breva, que ya sabes que nunca se cumplió mi sueño de que pudiéramos velarla —me soltó, así como suena y se quedó tan campante.

Por Dios que me dio el ataque de risa y ya no podía parar. La vi venir de lejos, mirando a su marido con cara de estar oliendo mierda, y pensé que, un poco momia sí que parecía, vamos que

con los pellejos que le sobraban nos podíamos hacer un tambor... Un tambor rociero porque de nuevo ¡nos íbamos de fiesta!

Sí, de fiesta porque Rebeca y yo bautizábamos a nuestra primera hija, un rollizo bebé que se llamaba Leonor, dado que su madre decía que ella era mi reina de corazones y que, por tanto, nuestra hija también era princesa. Y no era la única que se había a bautizar, pero voy poco a poco...

Habíamos esperado a los seis meses de edad para echarle el agua bendita porque Rebeca quería estar recuperada del parto y porque decía que la niña lloraba mucho por la noche... ¡y que ella tenía ojeras! ¿Ella? Las ojeras como un mapache las tenía yo porque a la hora de acostarse las gallinas, mi mujercita decía que el polluelo era mío y que me las apañara, que ella necesitaba dormir. Y yo... entre que estaba enamorado hasta las trancas de ella, y ahora también de Leonor, tenía ya un máster en canto de nanas y cambio de pañales nocturnos.

Detrás de sus padres venía el santurrón de Kiev, que a ese tampoco se le caían los anillos por cuidar de sus hijos, que mi hermana era otra comodona y a Kiev no le picaban las pulgas, vamos que no tenía tiempo ni para echar viento con sus ¡tres niños!

Kiev, tres niños, la bruja..., ¿quién lo iba a decir? Menos mal que la boda de mi hermana era una farsa para tres meses... Y es que a veces la vida te da sorpresas, como que Lis decidiera que Kiev no solo era un tío que merecía la pena, sino que, por alguna extraña razón, como ella decía, Cupido le había lanzado una flecha y le había acertado en pleno corazón.

Reconozco que, cuando aquello ocurrió, yo me llevé una extraordinaria sorpresa, porque creí que mi hermana carecía de ese órgano, pero se ve que estaba equivocado y nuestra Lis encontró el amor en su marido.

A resultas de aquella, los dos decidieron que era hora de reproducirse y lo hicieron a lo grande justo después de mi boda con Rebeca; primero encargando una parejita de mellizos, que se

llamaban Ewa y Pawel, y después una segunda niña a la que la cachonda de mi hermana, en convivencia con mi mujercita, quiso llamar Paulette en honor al lío del monte pío que Rebeca formó en su boda. Los mellizos ya contaban con dos añitos de edad y Paulette era de la misma quinta que nuestra Leonor, por lo que las íbamos a bautizar a las dos juntas.

Pese a tratarse del bautizo de su nieta, mi hermana había intentado mantener a la bruja al margen, incluso ocultándoselo, pero al final la otra se la había jugado y se había colado en el avión en el último momento.

—Te lo dije, que no ibas a poder darle esquinazo—le saqué la lengua.

—¿Esquinazo? Un ladrillazo es lo que le daba yo a esa en toda la jeta, te lo juro, que me hierve la sangre cuando la tengo cerca, mano; creí que íbamos a desestabilizar el avión de la mala baba que estábamos esparciendo.

—No te preocupes que ahora te instalas en nuestra casa y se te pasa. Rebeca está deseando verte y Lola también.

—Eso, que yo lo que necesito son mimos y cuidados. Y descansar, que con tanto niño estoy de lo más estresada...—se rio.

—Pero ¿tendrás morro? —le di un coscorrón.

Sobra decirlo, mi hermana era otra que le echaba al tema de los niños todo el morro del mundo y el pobre Kiev compartía ojeras conmigo. Nada más había que verlo avanzar, siguiendo a la momia y su consorte, con Paulette en la mochilita y con Ewa y Pawel agarrados cada uno a una de sus piernas.

Mi cuñado, que tenía más paciencia que el santo Jobs, ni siquiera resoplaba, debía pertenecer a una especie en peligro de extinción, el pobre. Aunque de poco le hubiera servido, porque mi hermana iba completamente a su bola, y lo que tocan la bruja y el títere de su marido, parecían también ajenos a la escena.

—Mano, cuando yo te diga, tú pisa el acelerador a fondo, que yo abro la puerta y tiro a la bruja, ¿aquí en España está penado el *brujicidio*? —me guiñó el ojo.

Acabábamos de subirnos en el monovolumen de nueve plazas que Rebeca se había empeñado en que nos compráramos para cuando llegaran estas ocasiones. Y ahora yo había cambiado el deportivo por esta especie de microbús, es lo que tiene la vida, que son etapas...

—Vale, vale, que yo es que pensé que ella había venido en su escoba—bromeé, a ver si le quitaba un poco de hierro el asunto, que mi hermanita era capaz de que su suegra causara baja por el camino.

Llegamos a casa y pensé que los doscientos metros del interior y cien de terraza todavía se nos iban a quedar pequeños esos días.

—Rebeca, cuñada, qué ganitas tenía de verte, no veas que estrés de viaje con tanto niño, venga reventadita—le dio un besazo, pues se habían hecho inseparables.

—¡Qué me vas a contar! Si yo solo tengo una y no puedo con mi vida...

Me eché a reír y le traduje la conversación entre ambas a Kiev, que se echó las manos a la cabeza.

Se ve que, para desestresarse, salieron ambas a la terraza y los demás las seguimos, muy a su pesar.

—Cuñada, ¿y si la emborrachamos y la tiramos directamente al mar? ¿Tú crees que las brujas flotan? —le preguntó Lis.

—Hombre es una bruja, no una boya—le respondió Rebeca y ambas, que seguían hablando en español le sonrieron a la bruja como si tal cosa.

—Vámonos todos a un hotel sin decirle nada, y ya si eso la recogemos el día que nos marchemos —le propuso Lis.

—Pues menuda cruz le íbamos a echar a Lola encima, deja, deja, que nos iba a odiar y yo sin Lola no puedo vivir.

A todo eso, Lola avanzaba hacia nosotros con una bandeja de canapés y bebidas que la bruja y su marido asaltaron literalmente, solo les faltó abrir el bolso y tumbarla.

—Mira cómo come y no revienta, la hija de la gran china—murmuraba mi hermana.

—Que coma, que coma, que está más seca que la mojama, a ver si se le rellenan un poco los pellejos—a Rebeca también le caía muy bien la bruja.

—¿Y qué me contáis de los dos tortolitos? —les pregunté para cambiar de tema, porque no sabía ni dónde meterme.

—Ay, los tortolitos, esos sí que saben vivir—contestó Lola que miraba a los tres niños de mi hermana sabiendo que le iba a caer la del pulpo.

—Te gustan, ¿eh? —la pinchaba ella—Escoge uno que te lo regalo, Lola. Te lo dejo con la transferencia hecha antes de irme, a tu nombre ya y todo—causó las risas hasta de los niños, aunque no entendieran por qué.

—No, no, que yo ya no estoy para esos trotes. Unos días vale, pero que luego yo quiero vivir como Julián y Carles, que esos sí que se lo montan bien...

Julián, Carles y “montan”, todo junto, me sonaba regular, porque por muy abierto de mente que yo fuera, había cosas que todavía me dejaban helado. Y que mi socio Julián y sobre todo que mi primo Carles, al que le gustaba hasta una escoba con tal de que llevara faldas, se hubieran declarado bisexuales fue la revelación del siglo, poco después de la boda de mi hermana. Pero que además confesaran que lo habían descubierto enrollándose entre ellos, fue ya el remate de los tomates.

Lo mejor de todo es que, lejos de lo que pensamos en su momento; que igual querían ver hasta qué punto la carne les gustaba igual que el pescado, los tíos se nos habían hecho pareja. Y ahora estaban de lo más asentados, pensando incluso en futura boda, que poca falta les hacía, porque vivían en continua luna de miel. Y sin niños, que a esos a cómodos no había quien les ganara y Lola tenía razón, se lo habían montado de escándalo.

—Esta noche salimos nosotras, mano, que mi cuñada y yo también tenemos derecho a tener vida más allá de ser madres—me espetó mi hermanita en toda la cara.

—Esta noche salimos todos, guapita de cara, que mi cuñado y yo somos los que tenemos el cielo ganado—le contesté, que a mi hermana no le podías dar la mano, porque te sacaba hasta el hombro.

—Vale, pero los niños con la bruja no se quedan, que me da miedo que se despierten a media noche y se acojonen al verla—me soltó.

—No te preocupes, que se quedan con Lola—sonrió Rebeca—, ven cuñada que te voy a enseñar el modelito que me voy a poner. Esta noche vamos a dejar a nuestros mariditos babeando...

No hacía falta que se pusiera ningún modelito para dejarme babeando, pero si se lo ponía, mejor. Mi hermana y mi mujer decían que la bruja era la otra, pero en realidad debían ser ellas porque a Kiev y a mí me tenían eclipsados.

Y lo de Kiev todavía podía entenderlo más porque ese tenía pinta de haberse movido menos que un gato de escayola. Vaya, que muy espabilado no es que pareciera el hombre, pero yo sí que tenía una reputación que mantener y que Rebeca se había cargado enterita...

Por supuesto que no es que ya no fuera un seductor, sino que ahora solo la quería seducir a ella y no podía sentirme más feliz con la mujer que tenía y con la enana que había llegado para colmarnos de dicha.

A la hora de cenar nos reunimos las tres parejas, pues Julián y Carles también se unieron, con lo cual la diversión estaba servida.

Cuando ya teníamos un par de copas de más, a las chicas se les soltó la lengua y para qué queríamos más...

—Cuéntales lo que me dijiste antes de las gafas de tu marido—le comentó Rebeca a Lis sin poder dejar de reírse.

—Es verdad, cuñado, que ahora llevas gafas, vaya pinta de intelectual—observé.

—Pero que son de pega, lo que pasa es que está castigado, ni tiene dioptrías ni nada—Lis daba hasta golpes encima de la mesa mientras se desternillaba.

—¿Entonces? Mira que me das miedito—le pregunté.

—Pues que no tuvo más ocurrencia que, el día que nació mi Paulette, decirme que se parecía a su madre y le juré que se la cargaba, que iba a estar un año con gafas puestas para que viera más clarito. Que, si mi hija se llega a parecer a esa, me tiro por la ventana de la clínica...

Así era mi hermana y la clínica a la que se refería no era otra que en la que había dado a luz y en la misma que trabajaba Kiev. Y digo bien, porque ahí el único que daba palo al agua era él, porque mi hermana olvidó lo del tema de los puntos que necesitaba y se quedó con él, pero también se olvidó de volver a trabajar; que para eso decía que ya tenía bastante con ejercer de madre. Y eso que durante el día tenía a una niñera para los peques y por la noche a Kiev, que era otra.

Debimos volver como a eso de las tres de la madrugada, ya achispadillos, y a las siete estábamos Kiev y yo en el salón, dándole el biberón a Paulette y a Leonor y poniéndoles los dibujitos animados a Eva y a Powel.

—¡Esa puerta, cerradla, que no podemos dormir! —gritó Lis desde el dormitorio de invitados.

—¿Y algo más, hermanita? —pregunté con guasa.

—Sí, que nos traigáis unos churritos, pero a las nueve, amor, que tenemos que descansar para el bautizo—respondió Rebeca con más guasa todavía.

Y lo más grande es que, un rato después, allá íbamos Kiev y yo cargados de mochilas, sillitas y

toda la parafernalia a por los churros. Es que debía faltarnos un hervor a los dos, porque hacían con nosotros lo que les daba la real gana.

—Esa cabrona ha tomado agua después de media noche, porque viene como el gremlin malo— susurró mi hermana cuando vio aparecer a su suegra por el salón y no pude evitar que el buche de café que estaba sorbiendo llegara hasta la pared.

—Buenos días—dijo la bruja con cara de tener un pie aquí y otro en el cementerio.

—Para el que los tenga, que hay cosas que mejor no ver de buena mañana, que después se desalinean los chacras y ya está el lío—le contestó mi hermana y la otra la miró con cara de tener ganas de apretarle el cuello y no soltarla hasta que tuviera las venas del cuello como un cantaor de flamenco.

El bautizo sería por la tarde y menos mal que la suegra de mi hermana se fue con su marido hasta la hora de comer a la playa, porque si no el día se nos podía hacer más largo que la estera de un convento.

—¿Nos bajamos con ellos? —la provocó un poco Rebeca.

—Y un mojón, primero porque me salen ronchas de estar con mi suegra, y segundo porque con la piel que tienen mis niños los iba a subir como camarones cocidos y con los pelos más blancos que la Duquesa de Alba; que no son rubios, los jodidos parecen albinos como el mono ese, el Copito de Nieve—mortal, Lis era sencillamente mortal.

Un rato después, mi hermana volvía a sacarnos las risas con sus conjeturas...

—Si escucháis que la gente sale en desbandada de la playa es que mi suegra se ha quitado la

túnica y se ha quedado en bikini—lo advierto, decía mientras se tomaba un aperitivo en la terraza.

—No hables así de mamá, preciosa, que ella te quiere—le contestó Kiev, con la sonrisa enamorada en los labios.

—Sí que me quiere, sí; me quiere ver en la punta de un cañón, como yo a ella... Además, que todavía no he dicho nada, que no he hablado de que la puñetera tiene las tetas tan caídas que cuando se quita el sujetador siempre comenta lo fresquito que está el suelo—le echó una miradita maliciosa y él negó con la cabeza.

A la hora del almuerzo subieron sus suegros y, nada más verlos, ya comencé a reírme.

—Pero ¿qué le ha pasado a esta gente? —me preguntó Rebeca, conteniendo la risa.

—Suegra, ¿os habéis caído en un bidón de Titanlux o qué? —le preguntó mi hermana—porque parecéis el punto de la bandera de Japón—se echó a reír.

—Bueno es que parece que se nos ha olvidado echarnos crema—contestó ella con la cara tan acartonada que no podía articular palabra.

—Ea, pues por despistados, ya os habéis quedado sin bautizo, que seguro que os va a dar fiebre y eso es un peligro para la salud pública.

—No exageres, amor—añadió Kiev—que papá y mamá solo están un poco tostados.

—¿Tostados? He visto mariscos menos cocidos, pero tú mismo. Eso sí, si vienen, nada de salir en las fotos, que el brillo ese con el que han subido va a rebotar y me las va a estropear, ¡ni mijita!

—chilló.

Pues nada, ya los había sacado de las fotos. Cinco puntos para ella, que iba hacia la mesa moviendo el puño en señal de victoria.

—¿Quieren algo más los señores? —les preguntó Lola y ellos pidieron una cubitera con cubitos de hielo que se estuvieron pasando por la cara durante todo el almuerzo.

—Madre mía que estos dos concentran más calor que una sopa de tomate—dijo Rebeca mientras Lis le hacía un gestito de complicidad.

Ewa y Pawel miraban fijamente a sus abuelos, como si se tratara de dos bichos raros, mientras que Paulette y Leonor se echaron a llorar, porque parecía que no los reconocían.

—Ea, ya están llorando las niñas, como se sofoquen demasiado no hay bautizo. Os vais vosotros a Cracovia y ya os aviso yo cuando lo vayamos a celebrar—decía mi hermana, pero obvio que no coló.

—Ya estoy mejorcita, serán sofocos de la menopausia—le contestó su suegra.

—¿De la menopausia? Pero si esa debió entrarte a ti en la época de los nazis, suegra, no me toques las narices...—le respondió Lis, en un arranque de sinceridad de los suyos.

Menuda la que pudo liarse en el ático a la hora de arreglarnos y es que allí había niños por todos lados... más que galletas repartidas por los sofás, que ya es decir...

—¿Ese vestido te vas a poner? Pues mira que igual hacemos otro niño antes de bautizar a la

primera—le susurré al oído a Rebeca mientras la cogía por la cintura en nuestro dormitorio.

—Tú no me tocas si no la tienes plastificada, ahora que estoy yo recobrando este tipazo—se señaló ella de arriba abajo y, en el mismo orden, me dieron ganas de comérmela.

Sonó el timbre y eran Julián y Carles, que venían a hacer la buena obra del mes y a ayudarnos a vestir a los enanos.

—Madre mía, menos mal que estáis aquí, porque entre lo que se mueven estos niños y que hablan más raro que la niña del exorcista, por mis muelas que yo no los entiendo ni puedo vestirlos—se quejaba Lola, que también se venía con nosotros de bautizo.

Salí a saludarlos y vi que aquellos dos venían como pinceles, ¡cómo se notaba que se habían vestido la mar de relajados!

—Hombre, pero si os habéis dejado caer—los abracé—si os vais a acercar a las dos pequeñas, chaquetas fuera, que esas os echan un caño de leche que os desgracian el look de metrosexuales ese que me traéis—les indiqué.

—Pues entonces a esas las vestís los padres, que no veas si nos han costado un pastizal los trajes—me indicó mi primo demostrando que seguía costándole tela abrir la cartera.

Cuando todos estuvimos preparados, fui a por el monovolumen...

—Suegra, vosotros os vais con mi primo y con Julián, que para eso llevan un descapotable y os va a venir de lujo el fresquito—aprovechó para decirle mi hermana.

—Pero es que me voy a despeinar—se quejó ella.

—Pues te pones otra peluca, que a ver si te crees que no sé que te estás quedando calva como una bombilla—allá se había vuelto a tirar en plancha, paciencia tenía también la otra con ella.

De mala gana salió la mujer andando en dirección al descapotable.

—Cualquier día te coge de los pelos, te la estás ganando por lo militar—le comentó Rebeca.

—A ver si es capaz, que hasta ese día no le arranco los dos pelos esos que le quedan como a Mortadelo debajo de la peluca—le contestó.

—Mamá lleva peluca porque es muy coqueta, mujer, no porque esté calva—quiso aclarar Kiev.

—Tu madre lleva peluca porque lo que tiene ya en la cabeza es una pista de aterrizaje para moscas de lo despejadita que está. Pero que como me lleves la contraria, palabrita que te quedas castigado con las gafas un año más, y así vas a ver las cosas más claritas—le contestó ella.

Tremenda, mi hermana era tremenda...

Llegamos a la iglesia y allí estaban ya todos los familiares de Rebeca esperando, por lo que tocaba repartir besos a diestro y siniestro.

—¡Qué tipazo traes, Rebeca! —le dijo una de sus primas.

—Normal, de las malas noches que me da la niña, que los primeros meses no se pega un ojo—le

contestó ella y se quedó más ancha que pancha.

Leonor pasaba de brazo en brazo y yo pensaba que no podía ser más feliz, viendo a las dos preciosas mujeres que llenaban mis días y mis noches; en lo relativo a las noches, sobre todo la enana.

—¿Y la niña? —preguntó en un momento dado Rebeca y puedo jurar que casi me cago encima cuando eché una visual y vi que no estaba por ninguna parte.

—No lo sé amor—acerté a contestar.

—¡La niña, mi Leonor, me la han secuestrado! —comenzó a chillar Rebeca y ya allí se lio la de Troya en un momento.

Cielos, jamás hubiera pensado que se podía pasar tanto miedo, todos empezamos a dar carreras y gritos y Leonor que no aparecía.

—Yo se la he dado a mi hermana y mi hermana a mi madre y...—iban diciendo los familiares de Rebeca y yo lo único que quería era liarme a tiros con el anormal que hubiera perdido a mi hija.

—Si se han llevado a la niña, yo me muero—me agarró fuerte Rebeca y yo pensé que allí el único velatorio que se admitía era el de la bruja, así que mi hija tenía que aparecer.

—Te prometo que la encuentro, cariño mío, la niña aparece y yo mato al que se la haya querido llevar—yo no había estado más seguro de lo que decía en mi vida.

—A ese le damos una ensalada de palos que le van a salir cardenales hasta en el cielo de la boca

—me dijo mi primo Carles con el puño en alto.

—Suegra, ¿tú le has hecho algo a mi sobrina? Escupe o va a ser peor—le soltó mi hermana a la bruja.

—Hermana, no te ciegues, ¿qué culpa va a tener esa mujer? —traté de calmarla.

—Por si las moscas, que yo a esta arpía la creo capaz de todo—corría ella como cacheando a la gente, ¡ni que se pudieran haber metido a la niña en un bolsillo!

—¡Está aquí, está aquí! —chilló Rebeca mientras le daba un cosqui de impresión a uno de sus primos.

—Prima, que yo creía que la niña era mi sobrina y la he puesto en el carro de mi hermana—se defendía él.

—Pero animal de bellota, ¿no viste al soltarla que en el carro ya había otra niña?

—Yo no he visto nada, ya sabes que soy muy despistado....

—¿Despistado? Como te vea con un porro en la mano, te juro que no respondo—se abrazaba ella a Leonor que, metida en su vestidito de cristianar, estaba ajena a que nos había dado el gran susto de nuestras vidas.

Si aquel mequetrefe no hubiera sido primo de mi mujer, le hubiera dado palos hasta en el carné de identidad, ¡con menudo tembleque entramos por la puerta de la iglesia!

Y Kiev diciéndole a mi hermana que si ya se había convencido de que su madre no tenía nada que ver con la desaparición, mientras que ella miraba a su suegra haciendo la uve con los dedos en señal de “te estoy observando”. Totalmente surrealista.

—No veas si eres tú cachondo, mano—me soltó Lis cuando vio que el cura era tartamudo—Aquí vamos a tener hasta pasado mañana...

—Pero si yo a este hombre no lo he visto en mi vida, el cura que iba a bautizar a las niñas era blanco y este es más negro que el tizón.

—Pues entre lo blanca que es mi hija, lo negro que es el cura y lo roja que se ha puesto mi suegra, esto parece un helado de esos de tres sabores—me contestó ella—, pero lo malo no es eso, lo malo es que el pobre hombre no arranca la moto.

Carles y Julián ejercían de orgullosos padrinos de las niñas y aguantaban también la risa, lo mismo que Rebeca.

En el momento en el que nos preguntaron cómo se iba a llamar mi sobrina, mi mujer y mi hermana rompieron a reír acordándose del tema de Paulette y, sin saber el motivo, el resto de la iglesia terminó también desternillada.

En resumidas cuentas, que, entre el tartamudo y las risas, nos iban a dar allí las uvas...

—Paulette, la niña se va a llamar Paulette y la otra Leonor, y no hace falta que digas nada más; échales el agua por lo que tú más quieras, que como se pongan a berrear por la merienda te vas a enterar tú de lo que es un coro de iglesia como Dios manda—le dijo mi hermana provocando de nuevo las risas del personal.

Al salir de la iglesia nos fuimos hacia el hotel de un amigo, a pie de playa, que disponía de una zona de guardería para niños, de lo más completo. La idea era que los mayores pudiéramos disfrutar de aquel día tan especial mientras los pequeños hicieran la croqueta en la arena... La croqueta o el puchero entero, que aquel era un día grande.

El ambiente era ideal y la merienda comenzó a servirse en una exclusiva terraza con vistas al mar que contaba con difusores de esos de agua para refrigerar aún más el ambiente.

—Mira, mira la cara de gustito que pone tu suegra cuando le cae un chorrillo de agua—Rebeca disfrutaba provocando a Lis.

—Como que la hija de su madre dice que no y está más quemada que un churrasco, anda y a ver si le dan a tope al grifo y se ahoga...

Mientras, Kiev y yo competíamos dando biberones a las enanas mientras Eva y Powel jugaban con el resto de los niños en la arena de la playa, bajo la atenta mirada de los monitores. En cuanto a nuestras mujeres, esas ya comenzaban a bailar y a liarla...

—¿Te imaginas que acaban despelotadas? —le pregunté a Kiev acordándome del striptease que había hecho mi hermana en su boda.

—No mientes al diablo, que mi madre se caería muerta—se rio él y más me reí yo pensando que eso sí que le daría a mi hermana en el cantito del gusto.

—Pues nosotros también tenemos noticias frescas—me cogió Carles del hombro mientras le hacía carantoñas a Leonor.

—Suelta, primo, ¿no estarás embarazado? —reí.

—No, pero casi, que también estamos pensando en adoptar.

—¿En serio me lo dices? Mira que un niño cuesta un pastón, primo, tú haz cálculos de los pañales y demás, que igual se te corta el rollo—bromeé.

—Nada, nada, esa es la mejor inversión que podemos hacer—añadió Julián, de lo más entusiasmado mientras hacía reír a Paulette.

—¿Qué dicen estos? —se acercó Rebeca.

—Que también van a llamar a la cigüeña—le conté cogiéndola por la cintura y pensando en que un niño le hacía yo allí mismo a aquel monumento de mujer que tenía.

—Pero así, rollo natural, ¿ya se puede? ¿Quién va a ser el guapo que tenga los huevos de parir?
—preguntó Lis que también venía hacia nosotros.

—Déjate de rollos, prima. Nosotros vamos a por uno que ya esté hecho—le soltó Carles bajo la enamorada mirada de Julián.

Por más que viera a aquellos dos juntos todavía me seguía chocando, no por nada sino porque, ¿cuántas conversaciones de faldas había tenido con ambos a lo largo de mi vida? No obstante, lo importante es que los veía más felices que dos regalices, y hasta conjuntados que iban los tíos...

Al final de la tarde hizo falta una manguera para saber qué niño había debajo de aquellos montones de tierra y, por aquello de que, “cada mochuelo a su olivo”, los invitados se fueron

marchando.

Llegamos a casa y acostamos a los peques.

—Suegra, vosotros también os podéis acostar, que tenéis que estar reventaditos con los calores esos que me lleváis. Ya veréis lo bien que os sentís con las sábanas de algodón fresquitas. Venga, venga—los empujó Lis fuera de la terraza y nos miró con sonrisa triunfante.

—¿Qué miráis? Si lo he hecho por su bien—contestó, provocando de nuevo nuestras carcajadas.

—Que sí, cuñada, que has hecho muy bien—contestó Rebeca, que también era un elemento de cuidado.

—¿Y aquí no se escucha música? Qué patulea de sosos tenemos aquí—comentó Lis mientras nos miraba a Kiev, a Carles, a Julián y a mí...

Pero de sosos nada, que ya les tenía yo el repertorio preparado para rememorar otra noche; esa en la que reímos hasta doblarnos en dos con Paquito el Chocolatero, con “La Macarena”, con el “Que viva España” y hasta con el “Baile del Gorila”. Y es que aquella sí que fue una noche para el recuerdo, no en vano fue la de la boda de mi hermana... Una fecha que marcó nuestras vidas para siempre. Y allí estaba mi amada Rebeca como prueba de ello.

